



Universidad Autónoma
del Estado de México

El sueño eterno

XAVIER HALLER





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Ciencias de la Educación

Yolanda Eugenia Ballesteros Senties

Secretaria de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales

Martha Patricia Zarza Delgado

Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua

Francisco Zepeda Mondragón

Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación

Octavio Crisóforo Bernal Ramos

Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

Eréndira Fierro Moreno

Secretaria de Administración

Doctor en Ciencias Computacionales

José Raymundo Marcial Romero

Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho

Luz María Consuelo Jaimes Legorreta

Abogada General

Doctor en Ciencias Sociales

Luis Raúl Ortiz Ramírez

Secretario Técnico de la Rectoría

Licenciada en Comunicación

Ginarely Valencia Alcántara

Directora General de Comunicación Universitaria

Doctora en Ciencias de la Educación

Sandra Chávez Marín

*Directora General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales*

El sueño eterno

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Segundo Concurso Universitario de Literatura
“Horacio Zúñiga Anaya” 2021

Jurado

María Consuelo Barranco, México

María José Gallardo, México

Silvia Martínez, México

Comité organizador

María de las Mercedes Portilla Luja

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Eder Enríquez Castañeda

El sueño eterno

Xavier Haller



Universidad Autónoma del Estado de México

“2022, Celebración de los 195 Años de la Apertura de las Clases en el Instituto Literario”

Primera edición, julio 2022

El sueño eterno

Xavier Haller

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas
(Reniecyc): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-
No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar
esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar
su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible
para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-466-9

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad
de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo

Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Corrección de estilo: Silvia Martínez García

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Formación: Ángel Esquivel López

Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza



CONTENIDO

11 PRESENTACIÓN

15 LA SUBLIMIDAD HUMANA

PASADO INSÓLITO

21 TODO COMIENZA EN CASA

27 EL DERRUMBE

43 DESHACIENDO LOS NUDOS

49 HOGAR DE CRISTAL

65 PUNTO DE QUIEBRE

71	BIENVENIDO
79	AIRE FRESCO
97	RENOVACIÓN
103	LUCY

PRESENTE INCIERTO

125	HOY Y AHORA
133	EL NUEVO PACIENTE
149	SAMAEL
163	LA MUERTE AGUARDA
183	EL ABISMO ESTÁ ABIERTO

189

FALSAS ESPERANZAS

209

EL TEATRO ESTÁ ABIERTO PARA
EL ACTO FINAL

PRESENTACIÓN

Con el propósito de construir un espacio en donde los jóvenes universitarios desarrollen su capacidad creativa y proyecten su vocación literaria, la Universidad Autónoma del Estado de México con-vocó a estudiantes de nivel medio superior y superior a participar en el Segundo Concurso Universitario de Literatura “Horacio Zúñiga Anaya”.

Al incentivar que los estudiantes desarrollen una escritura propia y única, encaminada hacia las letras, se complementa su preparación: se forman estudiantes con sentido crítico y se potencia el desarrollo de la imaginación; a través de sus obras recrean problemas sociales y transmiten inquietudes, enriqueciendo su propio acervo cultural y el de la sociedad.

De manera muy adecuada, este certamen lleva el nombre de Horacio Zúñiga Anaya:

hombre de letras que siempre estuvo destinado a la cultura; nació con espíritu de poeta, tanto así que fue llamado el Poeta de Toluca y fue alumno del Instituto Científico y Literario, donde formó parte de la generación de institutenses que transformaron la vida cultural de nuestra ciudad capital.

Para la Universidad Autónoma del Estado de México cada estudiante es una singularidad y a través de las obras que se gestan en los integrantes de su comunidad se reafirma el compromiso con la producción de literatura. En esta ocasión los premiados son Ariel Figueroa y Xavier Haller, estudiantes de la Facultad de Humanidades y del Plantel “Ignacio Ramírez Calzada” de la Escuela Preparatoria, respectivamente.

Ariel Figueroa, primer lugar en la categoría de poesía, es el autor de *Nostalgia hermética*, una serie de poemas que se conjugan con elegancia, inteligencia y escepticismo.

Como un ejemplo de excelente narrativa joven y con una historia bien desarrollada y lograda de principio a fin, Xavier Haller nos cuenta en *El sueño eterno* la infancia y la juventud de Arturo, un niño que se ve en la necesidad de enfrentar el mundo sin las figuras paterna y materna.

Estos premios, materializados hoy en libros, son una muestra representativa del talento y del alcance expresivo que tiene la escritura de las y los estudiantes de nuestra máxima casa de estudios, quienes, con sus creaciones, ponen en alto el idioma español y lo convierten en vehículo para expresar emociones y para generar espacios de reflexión ante problemas actuales que aquejan a la juventud.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

Rector

LA SUBLIMIDAD HUMANA

La lluvia empapaba la ciudad, todos los sonidos y el estruendo de las personas eran apagados por un pequeño y delicado roce de las gotas en la superficie. No sé cómo es posible que algo pueda ser tan suave y denso al mismo tiempo.

Nadie estaba en la acera, las personas se refugiaban en sus sombrillas y automóviles estáticos debido al tráfico; todo ahora era más húmedo, cualquiera podría llorar y no sería notable; el ambiente era tan relajante, el agua se desbordaba del concreto y casi podías sentir cómo caía en la carretera.

Las luces del semáforo relucían en medio de la calle. El cambio pareció tardar una eternidad, se puso en verde y se me estremeció el cuerpo; una mariposa volaba hacia donde me encontraba,

giré y corrí sin pensarlo; no estaba consciente del todo. El sonido del impacto fue ensordecedor.

Y ahí, en medio del silencio en la gran metrópoli, del gigante urbanizado compuesto por grandes edificios como huesos y calles como si de venas se tratara, por un momento pareció que todo se detuvo unos cuantos segundos, como una ruptura en el tiempo, una falla en la realidad, pero a la vez un instante de calma.

Cuando todo volvió a la normalidad, cuando el mundo recuperó la consciencia y la cordura que lo caracterizan, un solo sonido retumbó en las paredes, el metal y el aire, un grito desgarrador, enorme, un lamento que se extendió como un demonio con alas gigantescas.

Las personas se encontraban estupefactas y con llanto en los ojos alrededor de la repugnante escena, la demencia invadía la razón, todo aquello parecía imposible, la actualidad nos decepcionaba de nuevo. ¿La esperanza podía morir ahí?

Sería un digno final.

Se alzó la voz de una mujer que clamaba
ayuda. Él no se movía.



Pasado inusual

TODO COMIENZA EN CASA

Arturo era un joven de 24 años, de tez clara, ojos marrones luminosos, cabello castaño con un ligero tono pelirrojo, una nariz pequeña, labios delgados al igual que el resto de su cuerpo, aunque un tanto atlético y de estatura promedio, además, de una sonrisa espléndida.

Lo caracterizaba su abundante alegría, su actitud respetuosa, su responsabilidad moral y la influencia que tenía sobre las demás personas a su alrededor, tanto amigos como familiares lo veían como un ejemplo a seguir, un verdadero modelo del humano moderno en todos los sentidos.

Había crecido en San Ángel, un pequeño pueblo en el este y a las afueras de la gran ciudad de Walkway. Se llega hasta ahí por la Autopista Interestatal 66 con rumbo a la capital del país.

Cerca del kilómetro 40 se encuentra una gasolinera y un supermercado pequeño al costado derecho, en el lado contrario hay una desviación que comienza con una parte ligeramente más baja que el asfalto, donde da comienzo un camino ancho de terracería con pequeños canales a los lados; al ingresar por este se puede ver a lo lejos del largo camino una de las cúpulas de la capilla; durante el trayecto se pueden visualizar las grandes extensiones de terrenos a los extremos, cubiertos por abundante pasto y plantas, árboles frondosos, unos cuantos lagos y vallas.

Más cerca comienzan a emerger ante la vista unas cuantas casas alejadas una de otra, algunos molinos viejos, ruinas de lo que fue una fábrica y una mina, que llevan años abandonados después de una explosión hace ya bastante tiempo; algunos consideran que fue un accidente y otros, un producto de la avaricia de las personas.

Así llegamos a la parte principal del pueblo, que es conocido por la amabilidad de su gente, sus extensos y verdes campos, sus alegres festivales, la catedral del centro que conserva la arquitectura original del siglo XVIII, una maravilla del pasado y del presente. Las calles son grandes y están cubiertas de concreto; casi siempre están vacías, la gente aquí prefiere caminar por las banquetas, los parques y plazas.

Asimismo, San Ángel es uno de los grandes productores ganaderos de la región, siendo el mayor en cuanto a ganado vacuno a nivel nacional; este pueblo podía abastecer casi a todo el país con sus más de dos millones de toneladas de carne al año.

Cada familia tiene por lo menos una vaca, las carnicerías son abundantes y tienen mucha competencia.

Este era el caso de Giovanni, el padre de Arturo, quien se había criado ahí toda su vida,

solo terminó la primaria, los estudios eran lo que menos le importaba. El hambre era lo primordial y el trabajo era la herramienta para complacerla. Empezó desde muy pequeño en el negocio familiar y a los 14 años ya sabía todo lo debido en cuanto a la crianza de vacas y la producción de carne. Era un joven inteligente y con ganas de superarse.

Más tarde se casó con Leonor, a los 19 años, una clásica historia de amor a primera vista. Lo primero que hicieron como marido y mujer fue mudarse a vivir juntos a una pequeña casa a las afueras del pueblo, pero con un gran terreno para ganado. Con el dinero de sus ahorros, Giovanni compró unas vacas al mejor precio que pudo conseguir; al inicio solo vendían la leche a vecinos y amigos, después consiguieron un ganado más grande y poco a poco crecieron y establecieron su propio nombre en el pueblo.

Ahora tenía hectáreas para su ganado, tres mataderos en el pueblo y cinco carnicerías, dos de ellas en el centro, muy cerca de la catedral. El negocio iba bien y la vida era perfecta.

Pero podía mejorar, a los 21 años y con un imperio en la ganadería, tuvo un hijo, su primer y único heredero a quien llamó Arturo; estaba emocionado por verlo crecer y enseñarle todo lo que él había aprendido, sería tan bueno trabajando como su padre.

Arturo creció al lado de su madre. Giovani quería lo mejor para su hijo, por ello trabajaba todo el día sin descanso para darle una buena vida, era su adoración; sin embargo, Arturo odiaba trabajar entre vacas, el tanpreciado trabajo de su padre le parecía grotesco hasta cierto punto e intentaba alejarse. Prefería ayudar a las personas y ser voluntario en la clínica del pueblo, claro que su padre no lo aprobaba, pero era tan bueno ocultándose que todas las tardes saliendo de la

escuela se dirigía hasta allí, su madre lo sabía y de vez en cuando tenía que ir por él hasta tarde, no se podía negar que su voluntad de apoyar venía desde el corazón. Deseaba convertirse en médico.

EL DERRUMBE

Su madre lo acompañaba cada vez más y más, su apoyo era constante; pasaron meses y las visitas de su madre se hicieron más frecuentes y prolongadas, ahora era Arturo quien esperaba a su madre, ella parecía estar bien, siempre conservó esa actitud que transmitía calma y dicha, pero el cansancio que tenía era evidente, y así como si nada se distanció, pasaba poco tiempo en casa, casi no comía, estaba adelgazando, la mayoría del tiempo estaba en su cuarto, dentro de esas cuatro paredes, aislada, sola, aferrada a su cama; estaba sufriendo mucho y su agonía era silenciosa.

Era un martes, Arturo salió de la escuela como de costumbre y tomó su bicicleta para ir hasta la clínica, tenía 10 años, había demostrado ser suficientemente responsable, así que sus padres le brindaban la confianza para que

fuera solo hasta el pueblo. Al llegar a la clínica, sorprendentemente estaba cerrada, era extraño que eso pasara, solo en casos muy graves la clínica no laboraba, incluso en fines de semana; no le tomó mucha importancia y se dirigió a casa.

El camino era corto, cinco minutos a lo mucho; la bicicleta le ayudaba a transportarse rápida y eficazmente. Giró en la plaza y pasó a un costado de la catedral, ahí se encontraba un árbol frondoso, alto y robusto, con hojas que se conservaban verdes casi todo el año, sus ramas eran fuertes y bien podía ser el hogar de ciertos animales pequeños, su madre le había hablado de ese árbol, el más viejo de todo el pueblo, se contaba que rondaba los 90 años desde que fue sembrado.

Se detuvo en la sombra que proyectaba y notó que en la parte más alta algo revoloteaba con fuerza, observó más a detalle y pudo distinguir un par de pájaros pequeños con un

plumaje en su mayoría gris y con el pecho rojizo; contaban con un pico delgado que producía un sonido único. Arturo se maravilló con esas aves e intentó dibujarlas en un cuaderno, plasmar su hermosura, sin embargo, parecía que se limitaba su belleza, no era como en realidad los percibía, una maravilla como aquella pertenecía a la realidad y no al papel.

Se quedó contemplándolas unos minutos, cuando uno está tan concentrado parece que el tiempo avanza más rápido de lo que quisiera y las horas no bastan.

Tomó su bicicleta y se apresuró a llegar a casa, el olor del campo hacía más fuerte su apetito, tenía hambre como nunca. Estando a punto de llegar, visualizó el auto de su madre, nunca llegaba tan temprano, tal vez había mejorado, quería entrar por la puerta y que ella lo estuviera esperando con un abrazo; no fue así, reconoció a un médico y a algunas enfermeras

de la clínica, aunque otras personas le resultaban desconocidas; hacía tiempo sabía que su madre acudía al hospital de la ciudad, se supone que era un secreto y solo lo sabía su padre, sin embargo, el secreto no se podía esconder para siempre y al igual que cuando la escuchaba llorar en las noches, fingía que no lo sabía e intentaba animar a su madre cada mañana.

Sospechaba que era cáncer, notaba lo incómoda que se ponía su madre con solo escuchar la palabra; algunos síntomas coincidían, como su falta de energía, los moretones que aparecían sin una razón aparente, el cambio en su tono de piel, problemas al comer, fiebre y sudores nocturnos. En alguna ocasión encontró rastros de sangre en el baño, además de la manera constante y tan cautelosa cuando se dirigía al hospital. No era seguro, pero tenía sus razones para creerlo, una corazonada le decía que estaba en lo correcto, la misma que lo impulsaba a ser médico, la misma

que siempre decía que su madre se curaría, no sería una tarea fácil y él tenía la disposición para intentarlo, ¡mi madre no merece sufrir más!, se repetía a sí mismo.

Una mente pequeña y brillante, con eso bastaba, ahora se proponía averiguar qué es lo que sucedía.

Escuchaba voces en la sala, se acercó e intentó escabullirse entre las personas que ahí se encontraban, entonces la vio.

Su padre y un paramédico intentaron apartarlo rápidamente, pero fue inútil, no podía apartar la mirada y corrió a abrazar a su madre en el suelo.

La alfombra ensangrentada amortiguó sus rodillas, se inclinó ante el cuerpo, tenía la cara cubierta, su piel se sentía muy fría, ignoraba el hecho de que su llanto brotara a montones de sus ojos, solo quería estar con ella, pero el tiempo no fue suficiente.

Su padre lo tomó en brazos, lo cargó, y consolando su llanto, lo dejó en su habitación; lo miró con lágrimas en los ojos y con una voz entrecortada y seca, casi vacía, le dijo:

—Arturo, sé que estás pequeño, pero eres muy inteligente y creo que puedes comprender qué está sucediendo, los médicos y policías están aquí por una razón, tu madre se suicidó. No pienses que es tu culpa, nadie lo pudo prevenir, llora y saca todo lo que debas de tu interior, ahora necesito que te quedes en tu cuarto, papá tiene que resolver cosas, ¿entendido?

Arturo asintió con la cabeza, pero, ¿cómo resolver algo así?, comenzaba a extrañar y lamentarse de no aprovechar los momentos con su madre, estaba decepcionado de sí mismo; la única cura para el cáncer parecía ser la muerte, solo le hubiera gustado un poco más de tiempo.

Esa mañana Leonor no fue al hospital, ni a la clínica; cuando Arturo se marchó a la escuela

tomó valor, fue al sótano por una escopeta, se guardaban ahí solo para emergencias. Tomó la munición, cargó el arma, y no pudo hacerlo, su instinto de madre le decía que su hijo la necesitaba, no podía rendirse, tenía que ser fuerte.

Caminó en círculos en toda la casa con el arma en la mano, se sentó en los últimos escalones hacia el segundo piso y se sintió con tanta presión en el pecho que creyó desmayarse. El corazón le palpitaba muy rápido, estaba agitada, comenzaba a resbalar el sudor en su frente, apretó los dientes y se dijo:

—Basta de juegos, no tienes el valor, piensa en el pequeño, piensa en ti por un segundo, tranquilízate, dejemos esto, ¿en qué estaba pensando?

Recogió la escopeta, planeaba bajar los escalones y devolver el arma al sótano, pondría fin a su idea desesperada, pero el primer paso fue el último, su pie resbaló y consigo cayó

todo su cuerpo, se quiso aferrar a cualquier cosa, pero la caída fue rápida y brutal, rebotó frenéticamente al final de los escalones donde comenzaba la sala, aún con el arma en la mano, el movimiento rápido hizo que el arma se acomodara repentinamente debajo de su cabeza, apretando el gatillo al caer sobre esta. La bala le destrozó la mandíbula y salió del cráneo, el disparo fue perfecto y acabó con su vida al instante.

El sonido fue hueco y se apagó. Como un rayo en una tormenta, impactante, aunque no le demos la importancia que merece, y a la vez sorpresivo, como un alarido en aumento que suena en el silencio.

La vecina más cercana a la casa pareció escuchar algo y se preocupó; su nombre era Carmen y sabía que Leonor estaba enferma y que tal vez podía necesitar ayuda; si se sentía débil, debería ir a ayudarla, un golpe o una caída le

podían afectar. Corrió hasta el otro lado de la calle con una botella de alcohol en la mano por si se requería en caso de que Leonor estuviera desmayada. Presionó el timbre en más de una ocasión, sonaba pero nadie respondía. Tocó la puerta y nadie le abría, era preocupante; se asomó por la ventana del centro de la casa, que estaba en dirección a la sala y a las escaleras, la vio en un charco bañada en sangre. Llamó a una ambulancia y enseguida a Giovanni, seguía impactada y sin creer lo que sus ojos habían visto.

Giovanni conducía su camioneta, casi estaba despierto del todo, llevaba los ojos hinchados y con ojeras, la luz del sol sobre el parabrisas que se reflejaba en todo el tablero no ayudaba, la iluminación le hacía sentir los párpados pesados, venía de una larga jornada de supervisión de 12 horas continuas en una carga en el depósito del centro del pueblo, un total de 27 camiones cargados con kilos y kilos de carne para dirigirse

a una importante cadena de restaurantes en el norte del país, la entrega debía ser perfecta y era necesario revisar cualquier detalle.

Iba en camino para su casa, se daría una ducha, se cambiaría de ropa, una pequeña siesta no le caería mal y se alistaría para trabajar en otro pedido importante.

Recibió la llamada de Carmen pero decidió no contestar, no estaba de humor para socializar, solo quería llegar a descansar. Pasaron unos minutos desde que ignoró la llamada, entonces recibió mensajes de texto, tendría que ser algo importante para que siguiera insistiendo. Bajó la velocidad y con una mano sostuvo el celular para disponerse a leer los mensajes; justo en ese instante entró una llamada de emergencias, contestó enseguida preocupado, al otro lado de la llamada había un hombre con voz seria y contundente que le informó del suicidio de su esposa. Giovanni se quedó sin palabras, despertó

más que nunca, como si todo el tiempo una tela hubiera cubierto sus ojos y por fin se la hubiera quitado, esa sensación parecida a la de un boxeador al levantarse de nuevo después de un golpe que lo hizo caer en la lona; el cansancio pasó a segundo plano, acababa de recibir una bofetada de la vida.

Veía sus manos temblar, cómo todo su cuerpo se estremecía y la tristeza lo consumía segundo a segundo; por un momento creyó perder el control de la camioneta, pero se aferró al volante con ambas manos dejando caer el teléfono, su hijo no podía quedarse sin ambos padres el mismo día, no podía.

Las llantas quedaron marcadas sobre el camino alzando a su paso una nube de tierra, Giovanni aceleró la velocidad, debía llegar pronto a casa.

Una vez allí encontró a varios médicos y enfermeras de la clínica y del hospital que

compartían el caso de su esposa y estaban al tanto, estaban dialogando en la ambulancia junto con un paramédico; en la puerta de la casa dos oficiales de policía y otro paramédico lo esperaban, lo llevaron a la sala, le hicieron preguntas acerca de la salud física y mental de su esposa, algún comportamiento extraño que hubiera notado, si sospechaba que era un asesinato, cómo era su relación antes de esto y que llenara ciertos papeles.

Uno de los oficiales salió de la casa en busca del papeleo, Giovanni también salió un momento para despejar su mente. Carmen se le acercó y solo mencionó cómo lamentaba no haber llegado antes, tal vez Leonor todavía estaría con vida. Arturo no soportaría algo así, tenían que explicarle las cosas de un modo que la noticia no le afectara tan fuerte.

Giovanni no lo había pensado, no había pensado en su hijo, miró su reloj rápidamente,

marcaba la 1:45, Arturo ya debía haber salido de la escuela hace casi 30 minutos y con tantas personas allí la clínica debía estar cerrada, podía estar en camino.

Le pidió a Carmen que fuera a encontrar en el camino a su hijo, preferentemente que manejara Raúl, su esposo, ya que sabía que ella estaba un tanto alterada y no se arriesgaría a causar un accidente. Carmen accedió y se apresuró a ir a su casa e ir con Raúl al pueblo, probablemente Arturo estaría esperando en la clínica, lo recogerían y se irían a su casa, así también, le darían tiempo a su padre para arreglar todo.

Casi un minuto después su auto salió en dirección al centro del pueblo, por el camino que llevaba a la plaza, así evitarían pasar cerca de la catedral que los obligaría a rodearla y tardarían más tiempo.

Confiado en ellos, Giovanni volvió al interior de la casa y tomó el sobre que ya sostenía

el paramédico, que estaba lleno de muchos papeles, en su mayoría del seguro de vida de su esposa y del hospital, un papeleo largo y cansado; llenó el primer formulario y de pronto vio como de entre las piernas de los oficiales y médicos se asomaba Arturo, su llegada en ese momento era totalmente imprevista, se suponía que Carmen y Raúl estarían apenas con él, a no ser que Arturo se hubiera anticipado a su reacción y ya estuviera en camino, cerca de la casa para cuando estaban hablando afuera. Intentó reaccionar rápido pero solo vio cómo el niño se arrojaba al suelo junto al cadáver de su madre; cargó a Arturo y lo llevó a su cuarto.

No era como lo había planeado, pero su hijo ya estaba ahí, explicarle las cosas sin romper en llanto al verlo a la cara era una tarea imposible, por lo cual se limitó a unas cuantas palabras para tranquilizar a su hijo y terminar lo antes posible todo el papeleo y lo que fuera necesario. Su

prioridad era terminar para consolar a Arturo, ser fuerte por él y darse el tiempo y espacio que necesitaban como padre e hijo para aliviar esta herida que había arrancado a Leonor de sus vidas.

Ya estaba oscureciendo, eran cerca de las 7:30 p.m., se escuchaba cómo la ambulancia se alejaba, la funeraria ya se estaba encargando del cuerpo de Leonor, el lugar en la sala donde hace unas horas se encontraba ahora solo tenía manchas secas de sangre. Abundaba un silencio punzante, una brisa suave de viento era lo único fuera de la casa donde estaban Giovanni y Arturo, realmente solos por primera vez.

El niño se acercó a su padre, lo tomó de la mano y juntos miraron por la ventana cómo el cielo se oscurecía ante ellos en silencio, sin mencionar una sola palabra. Al cabo de unos minutos, Arturo preguntó:

—Ella no volverá jamás, ¿verdad?

Y como si ambos entendieran que la pregunta no ameritaba una respuesta, como si lo que faltara fuera un poco de afecto, necesitando apoyo uno del otro, al fin lloraron juntos, Giovanni cubría con sus brazos a su hijo, que no despegaba su cara del pecho de su padre.

Fue una noche fría y difícil. Arturo no pudo dormir; durante la oscura penumbra de la noche se levantó de la cama y abrió su ventana, en el cielo no encontraba nada qué mirar, pero sabía que su madre lo acompañaría siempre, todo el tiempo a su lado, aunque no la viera o no sintiera sus caricias, ella no lo podía abandonar, el amor de una madre puede superar fronteras, solo deseaba que la muerte fuera una de ellas.

DESHACIENDO LOS NUDOS

El funeral fue grande, casi todo el pueblo acudió a la misa, incluso afuera de la catedral la gente se había agrupado. Leonor era una mujer muy respetada y que claramente muchos la extrañarían.

Públicamente se dijo que la madre de Arturo había fallecido por causas naturales como consecuencia del cáncer; el suicidio era muy mal visto dentro del pueblo y con todo lo que había pasado, Giovanni y su hijo no querían hacer una polémica más grande.

El camino al cementerio pareció denso y lento, la primera palada de tierra fue la más difícil; continuar hasta que el ataúd se cubrió por completo pasó un tanto desapercibido. Con la tumba terminada, las personas se acercaban a colocar flores, cubriéndola toda por completo,

solo dejando espacio para una cruz de madera, una tradición religiosa en el pueblo.

Fue el último adiós a Leonor.

44 Al comienzo, Giovanni visitaba la tumba cada día de la semana sin falta; por su parte, Arturo iba cada domingo y siempre dejaba flores, a veces rojas, otras veces amarillas, azules, las violetas eran sus favoritas, pero nunca blancas, le parecían antipáticas, un vívido recuerdo de la soledad, como si la falta de color en sus pétalos le transmitiera un sentimiento ajeno al que aún le guardaba a su madre, un amor profundo que no quería olvidar.

El paso del tiempo es inevitable y con ello sus visitas se hicieron menos constantes.

Habían transcurrido tres meses desde la muerte de la madre de Arturo; su padre parecía continuar con su vida, su trabajo seguía siendo lo primordial, aunque ahora intentaba estar más presente en la vida de su hijo, llegaba más

temprano a casa, asistía a las reuniones escolares, procuraba que Arturo sintiera su apoyo y, también, procuraba apoyo para él mismo.

Arturo se había vuelto más serio, todo el tiempo estaba distraído, divagaba, tenía insomnio, dejó de ayudar en la clínica, ahora casi nunca pasaba por ahí, cada día que transcurría estaba menos interesado.

En la escuela, sus maestros habían hablado con él, por un tiempo incluso fue al psicólogo, pero pareció no funcionar, intentaba evitar demostrar sus sentimientos, reprimiendo sobre todo la tristeza, vivía bajo una máscara que solo demostraba una felicidad falsa que no sentía en realidad.

Los placebos nunca funcionaron, era un niño muy inteligente y sabía que las supuestas pastillas que le ayudarían a mejorar solo eran vitaminas; en más de una ocasión había escuchado a su padre y al psicólogo hablar al

respecto, claramente no actuaría como si de verdad estuvieran teniendo algún efecto en él, además era malo para mentir y ni siquiera quería intentarlo.

46

Arturo no entendía por qué lo trataban como alguien enfermo, a veces llegaba a pensar si son los adultos los que necesitan creer que pueden ayudar a los más pequeños para sentirse bien, esa sensación de satisfacción al brindar ayuda a alguien más era comfortable, pero, ¿hasta qué punto estaban brindando la ayuda correcta o la necesaria?

Los adultos solo son niños con más responsabilidades y al igual que los pequeños ignoran muchas cosas o intentan cambiar lo que no comprenden, como si fuera incorrecto. Pensar era cansado; Arturo llegó a la conclusión de que lo que deseaba era una única cosa: estar solo.

No necesitaba ni quería que alguien le estuviera recordando lo del fallecimiento de

su madre, ni asociarlo a él como si le guardara rencor, ¿rencor a la persona que más había amado?, eso parece improbable o, incluso, imposible, sobre todo no podría, Leonor no era de las personas que se encierran en su propia burbuja de ideas y opiniones; disfrutaba mucho el tiempo con ella. Llegar al punto de odiar todo eso, como queriendo olvidar todo lo bueno que le dejó su madre no era algo que alguna persona quisiera.

Era tan extraño lo reconfortante que resultaba el silencio.

Un poco de paz y tiempo para aclarar sus ideas, no más psicólogo, no más regaños, las palabras limitan los pensamientos, no podía expresar lo que sentía, al menos no como quería; el ser humano carece de lo más esencial que es la buena comunicación.

Estaba claro que no podía decírselo a su padre, lo tomaría como un juego de mal gusto

o una burla, tampoco podía decírselo a ningún adulto, no lo tomarían en serio; extrañaba a su madre, en esos momentos era la única que podría entenderlo.

48

Tal vez debía fingir que todo había acabado y así cuando se diera cuenta ya no estaría fingiendo; pétalos como armadura, en la pequeña cabeza de Arturo las ideas florecían.

HOGAR DE CRISTAL

Llegó el día, el tan ansiado y esperado día, todo el asunto de la muerte de Leonor había culminado, las heridas casi sanaban por completo.

Era domingo y muy por la mañana, Giovanni despertó más temprano de lo usual, entró en la habitación de Arturo con una actitud muy positiva, corrió las cortinas dejando entrar el sol reluciente. Colocó ropa nueva sobre la silla que estaba situada al lado de la cama, era un uniforme de color gris claro y una gorra roja. Miró a su hijo y pensó: “Hoy será un gran día”.

Arturo se levantó de la cama con la sensación de que solo había dormido cinco minutos, la noche no había sido suficiente, vio la ropa sobre la silla, la tomó y al instante pudo reconocer que era igual al uniforme que su padre usaba cuando

trabajaba en el matadero, solo que de su talla, al igual que una gorra pequeña, ambas piezas tenían bordado al frente el logo de las carnicerías de su padre y su nombre en letras rojas.

Se vistió y sorprendentemente el uniforme se le veía mejor de lo que esperaba, se cepilló los dientes y bajó a la cocina; su padre lo esperaba con el desayuno en la mesa compuesto por *hot cakes*, jugo de naranja y un pequeño pay de zarzamora, debía ser una ocasión especial, Giovanni nunca cocinaba ni lo dejaba comer grandes cantidades de azúcar, y mucho menos ambas cosas en un solo día. Su padre estaba de un excelente humor y terminando de desayunar le pidió que lo acompañara al trabajo, Arturo accedió felizmente, aunque no acostumbraba ir al matadero ni le agradaba la idea de involucrarse en el trabajo de su padre, esta vez le pareció una buena idea que compartieran tiempo juntos. El inicio del día había sido muy positivo, además,

en poco más de una semana cumpliría 11 años, lo que significaba que podría estar preparándole un regalo o una sorpresa.

Giovani había calculado cada cosa en el día, como si cada paso que daba fuera una instrucción que estaba llevando a cabo; ya lo había considerado desde tiempo, tal vez la escuela no era para su hijo y lo mejor era que siguiera sus pasos y se dedicara al negocio, así seguiría con lo que él había hecho hasta entonces y también le ayudaría a concentrar sus pensamientos en algo más como el trabajo.

El trayecto fue rápido, cuando llegaron al matadero dejaron la camioneta en el pequeño estacionamiento de la parte trasera. Los domingos solo trabajaba la mitad del personal, lo que les dejaba más de un espacio disponible.

Bajaron de la camioneta y se colocaron unos guantes, lentes y mascarillas, la seguridad y la higiene eran de suma importancia dentro. Al

entrar al matadero Arturo tuvo una sensación extraña en el cuerpo que le recordó por qué no le agradaba frecuentar el negocio de su padre, sentía que se sofocaba dentro, pero decidió no decir nada. Cruzaron juntos el pasillo que comunicaba la zona de entregas con la de empaquetamiento, jamás había estado ahí, escuchaba hablar todo el tiempo de esa parte pero nunca la había visto con sus propios ojos, era un tanto oscuro, de no ser por las lámparas del techo, tenía esos enormes ductos de ventilación, el ruido constante de las cintas de transporte, un penetrante y nauseabundo olor a carne fresca y a sangre penetraba en las mascarillas; las gigantescas máquinas trabajaban a toda su capacidad y además había algunos restos de sangre en el suelo, era tan desagradable sentir esa viscosidad entre los zapatos cuando caminaba.

Su padre lo guio hasta el final de una cinta transportadora y le explicó en qué consistía el trabajo de revisión de calidad, parecía simple pero

importante, ya que quien estaba en ese puesto era el encargado de revisar que toda la carne estuviera en buenas condiciones, que no contuviera ningún residuo o resto indeseado, además de confirmar el buen estado del empaquetamiento y colocar el sello para que continuara el proceso de producción en el otro lado del pasillo. Después de esta breve introducción, su padre le contó lo emocionado que se encontraba porque él se adentrara en el negocio familiar.

—Ahora te toca a ti continuar con la tradición —mencionó Giovanni.

Estaba orgulloso de que su hijo comenzara en un puesto importante y ansioso por ver lo rápido que crecería; sin embargo, las palabras que recibió fueron como objetos punzocortantes entrando por su piel.

—Yo no quiero trabajar aquí, aún quiero estudiar como lo hizo mamá —dijo Arturo, mientras desplazaba hacia abajo su mirada.

Arturo no era capaz de mirar a la cara a su padre cuando mencionó estas palabras, no se atrevía a llevarle la contraria o a desobedecerlo, ni siquiera cuando sabía que no estaba en lo correcto, pero sus palabras salieron contundentes de su boca, sin pensarlo, su interior deseaba expresarlo y no pudo ocultarlo, ahora se arrepentía; y ahí, con la mirada clavada en el suelo, solo esperaba que su padre lo comprendiera.

Algo detonó la chispa que faltaba para encender el infierno, tal vez fue que mencionó a Leonor, tal vez que se hubiera arruinado el día perfecto que había planeado, tal vez el que no compartiera su idea, incluso, tal vez que fuera su propio hijo respondiéndole así, o tal vez un poco de todo, no podría explicar una razón exacta, jamás se había sentido tan enojado.

Giovani era alguien que acostumbraba levantar la voz y ser firme cuando era necesario,

pero nunca recurría a la violencia por más enojado que estuviera.

Sin embargo, esta vez levantó la mano y en un movimiento conciso impactó su puño en la cara de su hijo, quitándole incluso la mascarilla del golpe, un acto de desesperación y confusión al mismo tiempo.

Arturo cayó al suelo, hasta cierto punto por la fuerza y también por la sorpresa de no esperar tal acción; el dolor no surgió al instante, más bien fue un pequeño momento de estupefacción donde no sentía la cara; al instante, su mejilla adquirió un color rojo casi como el tono de la sangre, un tanto más oscuro en el centro donde había recibido el golpe, casi se pudiera apreciar cómo se comenzaba a formar un moretón.

La situación estaba absorta en el silencio hasta que cinco palabras lo rompieron bruscamente:

—Jamás quiero ser como tú —exclamó Arturo. Y en seguida salió corriendo lo más

rápido que pudo, esta vez no se arrepentía de sus palabras y con lágrimas en los ojos clavó en lo más presente de su mente esa idea: no quería ser como su padre.

(Desearía que hubieras muerto tú y no mamá).

Ese era su pensamiento mientras aceleraba con rabia cada vez más el paso y se dirigía de vuelta a casa, de donde anhelaba no haber salido en la mañana.

Giovani no creía lo que acababa de hacer, pero tampoco se sentía arrepentido, su maniaco sueño de que su hijo siguiera su ejemplo y se convirtiera en una especie de copia de él mismo había desaparecido. Estaba seguro de que había hecho lo correcto, pero entonces, ¿por qué ver a su hijo huir de esa manera le dolía tanto?

Una parte en su interior lo obligaba a ir tras Arturo y pedirle perdón por cómo había actuado, sin embargo, se limitó a darse la vuelta

y comenzar a trabajar, ignorando lo que había pasado, sabía que una vez que llegara a casa lo estaría esperando y podrían arreglar las cosas.

Confiaba en que si hablaba con su hijo lo haría cambiar de opinión, pero quería darle una lección y formuló en su mente la idea de que si lo dejaba solo en la casa hasta la noche cuando llegara sería suficiente.

En su cabeza y en el momento tenía sentido para Giovanni; así dispersó su mente y se dedicó a trabajar ese domingo hasta tarde, la jornada laboral terminaba a las 4:00 p.m. en los fines de semana, pero ese día era diferente.

Arturo llegó a su casa con los ojos empapados en lágrimas, abrió la puerta tirando de ella de una sola vez y se arrojó en la alfombra de la sala, sobre el lugar donde hace algunos meses había muerto su madre, abrazó la alfombra con todas sus fuerzas y se envolvió en ella. Su llanto se tranquilizó al cabo de unos minutos y sintiéndose aliviado así,

tirado en el suelo y envuelto con una alfombra, se durmió por un par de horas. Esa alfombra era el último recuerdo que tenía de su madre y en lugar de entristecerlo le causó otros recuerdos de lo bien que habían sido sus momentos juntos.

Cuando despertó se sentía liberado, era como quitarse un peso de encima, pensar en su madre le aclaró un poco los pensamientos. Su padre debía llegar en menos de una hora, aunque no esperaba que lo hiciera.

El reloj marcaba las 11:00 p.m., había oscurecido y las luces dentro de la casa estaban encendidas. Giovani estacionó con fuerza la camioneta golpeando el parachoques, bajó de ella con dificultad y caminó hasta la puerta con un paso lento y apoyándose de las cosas que encontraba a su paso.

Al entrar por la puerta cayó al suelo, estaba muy borracho, apestaba a alcohol y a humo de cigarrillos, algo que no hacía desde que tenía 20

años. Veía con dificultad las cosas a su alrededor, la luz le molestaba, su olfato no podía percibir ningún olor y estaba mareado.

Lentamente se levantó como pudo y subió a gatas las escaleras hasta su cuarto, se arrojó a la cama con su ropa de trabajo y con los zapatos todavía puestos, casi enseguida quedó profundamente dormido.

Arturo no conciliaba el sueño, desde antes de que su padre llegara ya tenía una hora dando vueltas en la cama, girando de un lado a otro, la posición no era el problema, ya había probado acomodarse sobre el colchón de muchas maneras distintas, era insólita esa sensación de cansancio en el cuerpo y la sobrecarga de ideas en la mente.

Al día siguiente Arturo despertó con mucho frío en el cuerpo, las sábanas de su cama estaban tiradas en el piso de su habitación, debía haber tenido una pesadilla o algo similar durante la noche para moverse de tal forma que terminara

así. El rostro le palpitaba, levantó una mano y la llevó a su cara, pasó sus dedos delicadamente sobre sus párpados y se levantó de la cama, se puso unos pantalones de mezclilla, una sudadera negra con un estampado de Green Day en color blanco y amarillo, era su banda favorita, y por último se colocó unos tenis cómodos.

El día no parecía muy prometedor, estaba nublado, el color gris invadía todo el cielo.

Arturo miró su despertador, marcaba las 9:23 a.m., no había escuchado su alarma esa mañana, debía haber estado muy ocupado durmiendo para no escucharla, ya no importaba, tendría que haber estado en camino a la escuela hace poco más de una hora; se dirigió al baño y se lavó la cara, no esperaba que su padre estuviera despierto, después de todo lo del día de ayer debería tener una resaca muy desagradable; cruzó el pasillo y entró al cuarto de su padre esperando encontrarlo dormido o vomitando en el baño.

Se acercó a la cama y de inmediato notó algo extraño, Giovanni estaba acostado boca abajo y con la cara contra la cama, pero no se le escuchaba respirar, al principio su hijo creyó que era imaginación suya, pero al ver que no se movía subió a la cama y colocó su oído cerca de la nariz y la boca de su padre, efectivamente no respiraba, puso una mano sobre su pecho y se percató de que su corazón latía muy rápido.

Estaba muy asustado, podría no ser grave, sin embargo, el recuerdo de perder a su madre lo impulsó a bajar a la cocina y tomar el teléfono para marcar a la clínica del pueblo.

—Por favor es una emergencia, él no respira, ¡no lo quiero perder! —dijo Arturo casi al finalizar la llamada.

En un par de minutos llegó la única ambulancia que tenía la clínica, revisaron a Giovanni rápidamente y lo subieron al vehículo en una camilla, uno de los paramédicos conocía

a Arturo, así que lo dejó subir para acompañar a su padre.

Durante todo el trayecto Arturo no despegó la vista de su padre, ya le habían colocado una máscara de oxígeno, se veía tan frágil, como de cristal, que con cualquier golpe se quebraría.

Las vidas podrían cambiar y desaparecer en un instante, ya había pasado por la pérdida de su madre, no quería repetir esa sensación, no ahora.

La ambulancia llegó directamente al hospital de Walkway, no se arriesgarían a llevarlo tan solo a la clínica, parecía ser más grave de lo que en verdad se veía, en la clínica del pueblo escaseaban los medicamentos y el material necesario para atenderlo. Los paramédicos bajaron del vehículo e ingresaron directamente a Giovanni a emergencias.

Arturo no podía pasar al hospital, solo se permitía la entrada a adultos, se sentó en una de las bancas situadas a los lados de la puerta principal, la espera parecía eterna y cada segundo

lo ponía más nervioso. Al cabo de unos minutos uno de los paramédicos salió y llevó a Arturo adentro, tomaron el elevador hasta el cuarto piso, recorrieron unos cuantos pasillos y se detuvieron en el cuarto D-45.

—En unos minutos traerán a tu padre a este cuarto, mientras tanto, debes prometerme que te vas a portar muy bien y lo vas a esperar aquí sentado en la silla, afuera del cuarto, sin que te levantes, y nada de jugar en los pasillos, cuando llegue tu papá no vas a poder pasar a verlo hasta que el doctor te lo indique, ¿de acuerdo? —dijo el paramédico.

Arturo asintió con la cabeza y se sentó, la silla era ancha y cómoda, nuevamente los minutos parecían ser más lentos, otra larga espera.

Pasada una hora se acercó una camilla, sobre la que Arturo pudo reconocer a su padre, con él entraron al cuarto un par de enfermeros, el doctor se quedó afuera observando y sosteniendo unos

documentos en una mano, miró al niño sentado a su lado y le dijo que todo estaría bien, solo que su padre estaba un poco delicado y debía esperar hasta que se sintiera mejor para poder pasar a verlo, al mismo tiempo, colocó los documentos en una bandeja que estaba en la pared del cuarto, al lado de la puerta.

Una vez que los enfermeros y el doctor se retiraron, Arturo se levantó de la silla y tomó los documentos de la bandeja, no entendía muchas de las cosas que contenían, era un formato que no conocía, nada parecido a las fichas que tenían en la clínica del pueblo, pero pudo distinguir las palabras: INTOXICACIÓN POR ALCOHOL.

PUNTO DE QUIEBRE

Había transcurrido una semana desde que Giovanni fue trasladado al hospital debido a una intoxicación por alcohol, causada muy probablemente por el consumo excesivo de bebidas alcohólicas en un corto periodo el día anterior a ser ingresado al hospital, así lo señaló el médico.

Era sábado, cerca del mediodía, se podía notar por el resplandor que emitía desde su posición el sol, faltaban unos minutos para que dieran de alta a Giovanni y pudiera regresar a casa, y aunque era un hombre fuerte y su recuperación había sido rápida, el hospital decidió retenerlo unos días más para observar su progreso a detalle y evitar alguna reacción contraproducente de los medicamentos, asimismo, para asegurarse que guardara reposo.

Para Arturo había sido una semana muy difícil, todos los días después de la escuela iba en bicicleta hasta el hospital y regresaba al anochecer para dormir en casa y repetir el proceso, sus piernas estaban sumamente cansadas; hoy, por suerte, lo acompañaba Raúl, su vecino, con quien viajó en la camioneta de su padre, el vehículo ya se encontraba estacionado cerca de la entrada del hospital para recoger a Giovanni.

Todos los días al llegar al hospital Arturo se dirigía al elevador y se trasladaba al cuarto piso hasta la habitación donde estaba su padre. A pesar de sus esfuerzos de ir a visitarlo diario y de que Giovanni ya no estaba en un estado grave, nunca pudo pasar al cuarto donde se encontraba, su padre se negaba a verlo y no permitía que lo dejaran entrar. Arturo creía que podía seguir enojado con él por lo que había sucedido en el matadero el domingo pasado y que tal vez estaba irritado al pasar día y noche

en esas cuatro paredes y aferrado a una cama; no le preocupaba, estaba seguro que las cosas se arreglarían cuando se fueran a casa, para lo cual no faltaba mucho, si llegaba a surgir una discusión estaba dispuesto a ceder ante todo lo que le impusiera Giovanni.

Ya habían pasado un par de minutos después del mediodía y Arturo esperaba afuera del hospital junto a la camioneta cuando de la puerta vio salir a su padre caminando, apoyado sobre Raúl; aún se le veía un poco débil y con el rostro inexpresivo.

Raúl subió primero a la camioneta en el asiento del conductor y la encendió; por su parte, Arturo abrió la puerta delantera del otro costado; Giovanni entró en el vehículo y detrás de él cerró la puerta de un golpe. Arturo no quiso hacer preguntas y se sentó en la parte trasera.

El camino a casa perduró en un incómodo silencio, nadie dijo una sola palabra, no se

sentían en la necesidad o con la intención de comenzar una charla. Lentamente, dejaron atrás las calles asfaltadas llenas de tráfico y los grandes edificios de la ciudad.

Cuando estaban cerca de llegar a su hogar, Arturo pudo observar un automóvil negro estacionado frente a la puerta de su casa, tenía las ventanas polarizadas y unas placas diferentes a las que se usaban en el pueblo.

Raúl estacionó la camioneta detrás del auto negro, apagó el motor y abrió la puerta, se despidió de Giovani y de Arturo antes de bajar, por un momento se quedó inmóvil observando el vehículo que estaba enfrente y después de un instante cruzó la calle y se dirigió a su casa sin voltear ni un poco la mirada hacia atrás.

Giovani bajó de la camioneta y se dirigió a la puerta de su casa seguido por Arturo; cuando abrió la puerta un hombre salió del automóvil negro, parecía de unos 50 años y traía puestos un

traje negro y un sombrero que en ese momento llevaba en la mano.

Arturo se alteró y quiso entrar rápidamente a la casa para sentirse más seguro, sin embargo, su padre lo tomó de la camisa con una mano y lo regresó a su lado. El hombre del traje se acercó a ellos y sacó un teléfono de su bolsillo, le mostró una especie de recibo a Giovanni y posteriormente le entregó un lápiz digital para que firmara en otro apartado de la pantalla.

—Ya sabe a donde ir, no queremos errores, cualquier inconveniente se tendrá que arreglar con la señora, ¿entendido? —dijo Giovanni.

—Claro señor, no tiene de qué preocuparse —afirmó el hombre del traje.

—Eso espero —respondió Giovanni, y esta vez, dirigiéndose a su hijo, mencionó—. Arturo, ambos sabemos cómo terminaron las cosas en el matadero el domingo pasado, ahora te irás con este hombre que te llevará a la casa de tu abuela

Lucy, de ahora en adelante ella se encargará de ti, ya hemos hablado y accedió a criarte como se debe, tú y yo ya no podemos seguir viviendo juntos, quiero que sepas que a partir de hoy tú ya no eres mi hijo.

BIENVENIDO

Después de escuchar las palabras de su padre, Arturo entró en el auto negro lo más rápido que pudo para evitar que viera su llanto, cerró la puerta y esperó a que el hombre del traje subiera para conducir, desde adentro del vehículo veía a su padre con una actitud de tranquilidad, una expresión casi de alegría. En ese momento Arturo lo odió con rencor, ¿cómo podía estar tan tranquilo?, envidiaba esa sensación y a la vez no quería saber nunca más de Giovanni.

El hombre del traje se colocó como conductor y se presentó.

—Hola, soy Gabriel, seré tu chofer. Como ya sabes, iremos a la casa de tu abuela, es en el lado oeste de la ciudad, tardaremos un poco en llegar, te recomiendo que te pongas cómodo, si quieres pañuelos puedes tomarlos de la caja que

está detrás de tu asiento, la maleta que está a tu lado contiene ropa y algunas cosas importantes tuyas, puedes revisarla si quieres.

Arturo solo se limitó a contestar moviendo la cabeza; sacó un pañuelo de la caja y se secó las lágrimas del rostro, abrió la maleta y observó que contenía ropa, un par de zapatos, el brazalete blanco que le había regalado su madre en su noveno cumpleaños y una carpeta con varios documentos suyos personales y de la escuela.

Gabriel parecía una persona amable y carismática, pero Arturo seguía muy enojado y no deseaba hablar con nadie.

Durante todo el viaje miró por la ventana los distintos paisajes por los que pasaban, el camino que tomaron no lo conocía, jamás había ido a la parte oeste de la ciudad, lo más cerca que se había adentrado en Walkway eran sus recientes visitas al hospital, el cual estaba casi en el centro de la parte este, era un cambio radical en su vida,

pero al haber sido todo tan rápido todavía no lo asimilaba a la perfección.

Estaba oscureciendo y las estrellas comenzaban a notarse en el cielo. El auto negro en el que viajaba Arturo atravesaba una zona residencial; por el aspecto se podía notar que era una de las más lujosas y costosas de la ciudad, las casas eran elegantes, modernas y de gran tamaño, con jardines perfectos, algunos con flores o pequeñas fuentes, todas alineadas perfectamente.

Hacia el final de la calle se podía observar una curva de doble radio en donde terminaban las viviendas, probablemente el camino conducía al centro de la ciudad.

Cuando pasaron la curva, Arturo observó atento que un poco más adelante de las demás construcciones se diferenciaba una, se alzaba en todo su esplendor una mansión de un color gris claro que resaltaba por encima del paisaje, rodeada de una cerca alta de metal de un tono

negro carbón con adornos dorados como el oro, que resplandecían con la luz del sol en los bordes superiores. El auto se detuvo enfrente de la mansión y ante los ojos de Arturo se veía un gran portón con grabados en medio de dos grandes columnas, muy parecido a algunas iglesias antiguas.

—¡Hemos llegado! —dijo Gabriel volteando hacia Arturo con una amplia sonrisa en el rostro.

—¿Está seguro de que es aquí? —preguntó Arturo, señalando el portón dudosamente—. No creo que mi abuela viva aquí, en esta imponente edificación.

—Entonces debemos averiguarlo —apuntó Gabriel. Salió del auto y abrió la puerta haciendo un gesto con la mano para que Arturo bajara.

Arturo, confiando en sus palabras y tomando la maleta, bajó de un salto del vehículo; de alguna manera, aunque no conociera a Gabriel hasta hace unas horas y aunque no hubieran

intercambiado tantas palabras, resultaba tranquilizante que estuviera a su lado enfrente de ese portón, la compañía era necesaria para un niño que acababa de perder a ambos padres.

Dio un paso al frente y se estiró para tocar el timbre, estaba en una posición un poco alta que necesitó poner los pies de puntas. El sonido que se emitió fue un chillido agudo como de una nota de piano.

Tardaron unos segundos y las pesadas puertas se abrieron, estruendosas y con un ruido desgarrador, lentas y arrastrándose por el suelo, era evidente que llevaban mucho tiempo sin arreglarlas, casi podían colapsar.

Del fondo de la mansión venía una mujer corriendo con un vestido blanco y una chistera a juego, una combinación armoniosa, se detuvo justo antes de llegar al portón, dio unos pasos atrás, miraba a los lados distraída, de pronto, regresó la mirada hacia el frente y caminó

lentamente hacia Arturo, arrojándose de rodillas frente a él.

—No se te ocurra volver a dejarme sola —dijo la mujer, al mismo tiempo que comenzaba a llorar, pero no de forma melancólica, en realidad parecía muy feliz de verle, era un llanto de alegría, era extraño ver el contraste de ambas emociones juntas.

La mujer le dio las gracias a Gabriel, tomó la maleta con una mano y con la otra acarició el cabello de Arturo.

—Vamos, hay que entrar, no nos quedaremos parados mucho tiempo, tengo muchas cosas que quiero contarte —enunció la mujer—. Pero no hay que dejar de ser educados, ve a despedirte del hombre tan amable que te trajo hasta aquí.

—Muchas gracias, de verdad —dijo Arturo acercándose a Gabriel para darle un abrazo.

—Fue todo un placer —le contestó.

Gabriel subió nuevamente al vehículo negro y se marchó.

Arturo volvió con la mujer, la tomó de la mano y ella le dio un tierno beso en la mejilla, caminaron juntos hacia la mansión atravesando un enorme jardín con arbustos bastante descuidados y con ramas puntiagudas, detrás de ellos se cerró el portón produciendo los mismos sonidos como si fuera a caerse.

—Es fascinante que estés conmigo, desde ahora deberás acostumbrarte a vivir con tu abuela Lucy, mejor solo Lucy. Nunca le perdonaré a tu padre lo que te hizo, nunca me pareció un buen sujeto, siempre fue avaricioso y vengativo, tu madre jamás se debió casar con él, siempre se lo dije, pero mi hija nunca hizo caso, por cierto ¿Leonor también vendrá?

Arturo casi nunca había oído hablar de Lucy, su abuela materna, su madre siempre evitaba el tema, no entendía por qué, parecía

una mujer cariñosa y comprensiva; sin embargo, esa pregunta fue extraña, ¿acaso no sabía lo de la muerte de Leonor?

78

Existía la posibilidad de que no se lo hubieran dicho para no causarle el dolor de perder a una hija, la respuesta más correcta era evadir la pregunta.

—No lo creo, pero no te preocupes por ello —dijo Arturo, evitando parecer nervioso.

—Qué lástima, me encantaría estar con ambos —mencionó Lucy con un tono un poco triste en su voz.

AIRE FRESCO

Arturo se sentía muy confortado, de verdad se sentía en un hogar, Lucy le recordaba mucho a su madre, no solo se parecían físicamente, sino que también en la forma de hablar, en algunos gestos o movimientos e, incluso, en la forma que transmitían su felicidad. No podía evitar recordar lo perfecta que era la vida con su madre, sobre todo antes del cáncer, esa percepción de libertad y de disfrutar sin límites que se habían desvanecido progresivamente.

La compañía de su abuela resultaba muy similar, como volver al pasado por un momento, una ilusión en la misma realidad, claramente no todo era igual y eso no era del todo malo. Frente a Arturo se presentaba una nueva oportunidad de gozar la vida, de olvidar el pasado por difícil que

pareciera y conformar nuevas memorias para la eternidad, una vida de la que se sintiera orgulloso.

Arturo se preguntaba ¿cómo le puedes perder todo el afecto y admiración tan rápido a una persona?

Ahora en una casa nueva, alejado a kilómetros de distancia de su padre, ya ni siquiera lo extrañaba y se sentía mal por ello, no se consideraba un mal hijo, pero tampoco se sentía seguro de que sus sentimientos fueran los correctos, en algún momento se comenzó a cuestionar que tal vez había empezado a odiar a su padre.

Pedir perdón o lamentarse no cambiaría las cosas. La mente comprende cosas que el corazón no entiende, en especial el corazón de un niño confundido que busca respuestas dentro de sí mismo.

Arturo decidió que, aunque su padre no lo quisiera como antes, para él nada cambiaría e intentaría visitarlo cuando pudiera, un padre no

se puede reemplazar y por más desavenencia que existiera entre ambos, actuaría como un buen hijo, cada persona educa a sus hijos a su manera o de la forma que le parece más conveniente, nadie tiene un manual que te explique cómo formar un paraíso. Giovanni había decidido que Arturo viviría con su abuela, eso no lo cuestionaría, debía aceptarlo y continuar.

Arturo era solo un niño, los adultos parecían complicados, pero en un futuro esperaba entenderlos.

Lucy era muy distraída, olvidaba las cosas con facilidad, tenía una casa hermosa en el exterior, pero sucia, desordenada y un completo desastre por dentro; en la mansión había fugas de agua, la electricidad fallaba, algunas partes parecían no haber sido utilizadas en años, al menos la mitad de los objetos estaban rotos o en malas condiciones, evidentemente llevaba mucho tiempo sola.

En la cocina solo quedaban alimentos caducados, Arturo tenía algo de hambre, pero su abuela no pareció preocuparse.

—De acuerdo, hoy no cenaremos —hizo una pequeña pausa—. Mejor vamos a la cama, ya es tarde y quiero enseñarte tu habitación —dijo Lucy.

Arturo la acompañó un tanto confundido, pero sorprendido por su actitud tan positiva, tal como su madre era.

Juntos atravesaron una gran sala, después una más pequeña, solo que esta vez repleta de estantes con libros en los muros, sillones viejos y telarañas en el techo; posteriormente, pasaron a lo que parecía un salón, estaba oscuro y no se podía distinguir nada, en esa parte no funcionaba la electricidad, así que atravesaron con dificultad y llegaron a unas escaleras muy grandes con mármol a los lados y con los escalones cubiertos por una alfombra roja.

Lucy se detuvo unos segundos mirando las escaleras, miró a su nieto y dijo:

—Cuando estaba sola me daba miedo subir —casi en forma de susurro.

Arturo no pudo escuchar bien lo que había dicho, sin embargo, la vio avanzar para subir las escaleras y la siguió siempre por detrás.

Llegaron al segundo piso y lo primero que vieron era un retrato de un hombre que portaba un sombrero, una camisa café y un pantalón de vestir con un gran cinturón, a su lado había una mujer con el cabello ondulado hasta los hombros y un hermoso vestido largo de color negro con encaje de colores, ella estaba cargando a un bebé vestido totalmente con ropa blanca. Detrás de ellos había un fondo ornamental con patrones en gris y dorado. La obra debía medir cerca de cinco metros de largo por dos metros de alto.

—Son mis padres y esa pequeña bebé de ahí soy yo —mencionó Lucy con una pequeña risa.

—Es una hermosa pintura, ¿es muy antigua?
—preguntó Arturo.

—¡Sí!, y mucho, tiene cerca de 70 años, un pintor famoso la hizo para mi familia cuando yo tenía algunos días de nacida; cuando mi padre construyó esta mansión con sus propias manos colocó la pintura sobre la pared antes de terminar la construcción en su totalidad. Así nació el lugar donde estamos parados —respondió Lucy.

Arturo avanzó junto con su abuela por un pasillo largo al lado izquierdo de la escalera, nuevamente atravesaron otro lugar donde no había luz, caminando completamente en la penumbra, al final se distinguía una lámpara y después, justo en frente, un balcón con una excelente vista al patio trasero; del lado derecho había dos habitaciones con puertas iguales, en esa parte el suelo estaba tapizado, parecía un hotel.

Lucy abrió la segunda puerta con dificultad y del cuarto salió una nube de polvo, entró y

quitó algunas telarañas a su paso, sacudió un poco la cama y las almohadas, se veían rígidas y sucias, abrió el armario que estaba lleno de más telarañas y cerró una de las ventanas, que estaba abierta.

—Y bien, ¿qué te parece tu cuarto? —enunció Lucy.

—Perfecto para esta noche —contestó Arturo.

El lugar parecía como si lo hubieran abandonado, las partes oscuras daban miedo, el cuarto no era nada cómodo ni era el más adecuado para un niño, pero Arturo tenía a su abuela, eso bastaba para él, pensaba que todo mejoraría, solo había que esperar.

La abuela Lucy salió de la habitación de Arturo deseándole dulces sueños y apagando la luz; se dirigió al cuarto de al lado, en esta ocasión, al abrir la puerta no había telarañas ni exceso de polvo, se podía apreciar su uso; en

esa habitación se encontraban todas las cosas de Lucy, desde ropa, calzado, maquillaje y joyas, solo que había pedazos de madera en el suelo, cajones destruidos, un estante volcado con frascos rotos, el colchón de la cama estaba arañado, algunas sábanas estaban desgarradas y el gran espejo colgado de una de las paredes estaba completamente estrellado y roto.

—Lo arreglaré, no se ve tan mal —dijo Lucy, suspirando y mirando a su alrededor.

Al día siguiente, un rayo de luz se podía apreciar desde la ventana de la habitación de Arturo, parecía que atravesaba las nubes en ese pequeño espacio y caía sobre el césped del patio, como una puerta que conducía al cielo.

Arturo despertó un poco más tarde, sentía sus párpados pegados, había descansado tan bien como no lo había hecho en años; se levantó y lo primero que hizo fue darle los buenos días a su abuela, salió del cuarto y entró en la habitación

de Lucy, al abrir la puerta se encontró con un suelo lleno de cosas rotas y destruidas, y lo más extraño: fue a ver a su abuela, que aún dormida yacía sobre el piso, tal vez se había caído de la cama durante la noche.

Preocupado, Arturo se acercó para revisar que Lucy no estuviera lastimada; al tocarla para moverla un poco pudo sentir cómo al instante que sus dedos rozaron la piel de su abuela ella saltó repentinamente, el movimiento fue tan inesperado que Arturo se asustó un poco y lo hizo saltar hacia atrás.

Lucy se levantó sin ningún esfuerzo y miró a su nieto con una sonrisita que resultó macabra en ese momento; se pasó una mano sobre el cabello y dijo:

—Buenos días, ayer no fue una buena noche para mí, sé que parezco un desastre total, pero eso acaba hoy, ve bajando a la cocina y espérame, tengo una noticia que contarte.

Arturo salió del cuarto alterado, era difícil razonar lo que había visto, por su comportamiento, su abuela era claramente una persona extraña y excéntrica, sin embargo, por un momento llegó a considerar que Lucy había perdido el juicio hace mucho tiempo.

Decidió olvidar esa idea que ahora le parecía absurda y se apresuró a ir a la cocina.

Atravesó una sala pequeña muy parecida a la que había cuando acudía al psicólogo, incluso tenía esos sillones con forma peculiar, un poco reclinada, y un escritorio en el fondo, era una de las partes cubiertas por la oscuridad el día de ayer.

Por un momento retrocedió un poco y miró hacia atrás para contemplar el balcón, tenía la sensación de estar siendo observado, lo más probable es que se tratara de que aún era un nuevo hogar para él, así que giró y retomó el camino para bajar por las escaleras, intentó no mirar el cuadro mientras pasaba por los

escalones, la pintura le provocaba una sensación extraña parecida a las náuseas.

Al encontrarse en el salón que con dificultad pudo distinguir la noche anterior, notó que era mucho más grande de lo que se imaginaba, tenía un gran espacio donde fácilmente cabrían más de cien personas; al fondo había unas cortinas doradas que cubrían un espejo grande y grueso con un marco que parecía de oro con pequeñas decoraciones en forma de mariposas, además de un piano de color negro brillante que resaltaba sobre el dorado de las cortinas.

Arturo sintió un viento helado detrás de su cabeza y posteriormente el toque delicado de una mano sobre su hombro. Era su abuela, quien portaba una camisa beige con unos pantalones largos de color rosa pálido. Aparentaba ser un poco más joven de lo que en realidad era, muy diferente a como había conocido a Arturo,

ahora definitivamente se observaba como una auténtica millonaria.

—Veo que ya conociste el salón principal, el piano fue un regalo de mi madre cuando tenía siete años, siempre quise aprender, pero nunca pude y se terminó descomponiendo debido a la falta de uso, es un instrumento hermoso, es una pena que no se pueda apreciar, de hecho, casi todo en la casa está agonizando, de eso quería hablarte —mencionó Lucy.

—¿Ya no podremos vivir aquí? —preguntó Arturo, preocupado. Solo había pasado una noche y odiaría mudarse de nuevo y tan pronto.

—Claro que no, por nada en el mundo dejaría esta propiedad, es el único recuerdo que tengo de mi familia, eso vale más que cualquier cosa, lo que quería decir es que tendremos que pasar unos días en un hotel cercano, solo por una semana, durante ese tiempo mi agente se ocupará de arreglar todo lo necesario en la

mansión para que podamos vivir cómodamente. Debí hacer esto antes de que llegaras, pero lo olvidé por completo —respondió Lucy.

—Mientras todo se arregle, por mí no importa —dijo Arturo, aliviado.

—¡Esa es la actitud!, además, cambiando de tema, ya hablé con tu nueva escuela y están dispuestos a aceptarte después de la próxima semana cuando termine todo aquí en la casa, siempre y cuando te pongas al corriente y me prometas que sacarás buenas calificaciones.

—Claro, te lo prometo.

Arturo era un alumno que siempre sobresalía con su gran intelecto, al estar con su abuela materna y con el recuerdo de su madre le había regresado un sueño que parecía haber olvidado: se convertiría en médico.

La mudanza al hotel comenzó inmediatamente después del desayuno, Lucy cargó las cosas más valiosas en tres maletas, más la que

Arturo ya tenía. Tomaron un taxi que los llevó al hotel donde se hospedarían durante la próxima semana.

Arturo leyó una revista que había sobre una mesa de la recepción mientras su abuela conversaba con Armando, su agente. Le estaría dando las instrucciones sobre qué se debía arreglar en la mansión, tal vez algo más; Arturo no prestó atención a lo que decían, pues estaba concentrado resolviendo un crucigrama en la última página de la revista, todo giraba alrededor de una frase célebre de Stephen Hawking y los espacios que restaban se debían llenar en su mayoría con ciertos nombres de objetos o estudios relacionados a su trabajo e investigaciones.

Solo faltaban nueve cuadros por llenar cuando Lucy llamó a Arturo, subieron por un elevador de doble puerta con paredes que reflejaban casi todo en su interior, como un espejo opaco; subieron al sexto piso y entraron

en la habitación del fondo del pasillo, era la más grande, las paredes eran de color naranja y en cada esquina del cuarto había una pequeña maceta de la cual emergía un helecho; había dos camas, un baño, un pequeño comedor y unas ventanas grandes que iban desde el suelo de la habitación hasta el techo; se podía ver toda la zona residencial desde ahí.

Después de desempacar, lo primero que hizo Lucy fue tomar un baño, mientras Arturo veía caricaturas en la televisión.

Todo el tiempo estaban juntos, se complementaban entre sí, la convivencia era tan buena que casi se podía sentir la positividad que transmitían.

El tiempo en el hotel pasó relativamente rápido, fue un tiempo perfecto para platicar de abuela a nieto, hablaban de sus gustos, pasatiempos, incluso de sus diferencias; en un punto, Lucy tocó el tema de Leonor, Giovanni

y su vida como hijo. Arturo le contó todo y con detalle, su mala relación con su padre y lo bien que se sentía al lado de su madre. Cuando mencionó la muerte de su madre y el cáncer no pudo evitar romper en llanto con todas sus fuerzas.

Lucy lo abrazó con fuerza y también lloró un poco, después de todo, no sabía que su hija había fallecido. El llanto fue la mejor forma de desahogarse y al mismo tiempo de establecer una unión más fuerte.

—Tranquilo, no digas más —mencionó Lucy, se aclaró un poco la garganta—. No es necesario que continúes, todo tiene una razón de ser, el destino quería que tu mamá pasara al más allá y, sin ello, nosotros dos no estaríamos juntos.

—En el pueblo dijimos que mi madre falleció por el cáncer y ocultamos lo del suicidio, nadie lo sabe, me siento culpable por mentir y una duda me devora la cabeza cada que lo pienso, solo que...

Arturo hizo una pausa, se secó las lágrimas de los ojos y miró frente a frente a su abuela.

—En la iglesia siempre hicieron ver el suicidio como algo malo o prohibido y no me gusta pensar lo peor; tú, ¿crees que mi madre se fue al cielo?

Las palabras de Arturo llegaron a lo más profundo del corazón de su abuela, podía comprender muchas cosas siendo tan pequeño, sin embargo, siempre es necesario el apoyo, un consejo o la opinión de un adulto. Esta vez, esa responsabilidad recaía en Lucy, pero, ¿cómo podía contestar algo de que lo que no estaba segura?

Lucy sintió un nudo en la garganta, deseaba con todo su ser poder contestarle a su nieto, sin embargo, no tenía una respuesta, eso la hacía sentirse impotente, por lo que solo se limitó a decir:

—No lo sé, de verdad que no lo sé, pero me gusta imaginar que así es.

RENOVACIÓN

Era domingo por la tarde, faltaban unas horas para que Lucy y su nieto volvieran a la mansión. Todo había sido arreglado a la perfección, desde el más pequeño detalle o rasguño hasta el más complejo.

Antes de dejar el hotel, Arturo quería llamar a su padre, ya había pasado una semana desde que se vieron por última vez; estaba emocionado por contarle lo bien que se la estaba pasando con su abuela y lo fácil que se había adaptado a vivir con ella, además de que le interesaba saber especialmente cómo se encontraba Giovani. No sabía si todo esto era solo una excusa que el mismo Arturo se imponía para hablar con su padre, le costaba aceptar que lo extrañaba.

Intentó y marcó varias desde el celular. Giovani nunca contestó.

Tal parecía que entre mas intentaba acercarse y arreglar las cosas con su padre lo único que recibía Arturo era un rechazo tras otro, como si lo evitara o se negara a intentar reconciliarse.

Después de algunos intentos más se rindió, Arturo se sentía cansado de fallar en cada llamada, solo esperaba escuchar la voz de Giovani y que se sintiera orgulloso de él.

Arturo estaba absorto en sus pensamientos cuando un golpe abrió la puerta del cuarto, era su abuela desbordando alegría.

—Recoge tus cosas, volvemos a casa —enunció Lucy.

Arturo volvió a meter todas sus cosas en su maleta y fue junto a su abuela a la recepción del hotel, entregaron las llaves del cuarto y se dirigieron a la salida. Afuera los esperaba un auto negro que reconocieron al instante.

De su puerta salió Gabriel saludándolos con una sonrisa. Entusiasmado, Arturo subió rápido

las maletas en la cajuela con un poco de ayuda, pues pesaban más de lo que esperaba.

Una vez que todos estaban a bordo, Gabriel arrancó y los llevó a la mansión, esta vez el viaje en ese vehículo negro se sentía muy diferente a la ocasión anterior, ahora Arturo estaba feliz y lo acompañaba su abuela.

Durante el camino, Arturo se emocionó cuando se enteró que Lucy había contratado los servicios de Gabriel como chofer, quien sería el encargado de llevarlo y recogerlo todos los días de su nueva escuela.

Al llegar a la mansión se veía espectacular, ahora la cerca metálica era de un color marrón oscuro y los bordes de un ocre brillante, las paredes de la mansión eran de un blanco perla con líneas cafés en algunas esquinas para darle un diseño renovado. El portón de la entrada había sido restaurado en su totalidad, ya no parecía estar a punto de caer, sino que

estaba más fuerte que nunca y con puertas automáticas.

Los patios tenían un césped recién cortado a la perfección, al igual que los arbustos, que ahora formaban figuras de animales con sus hojas y en el centro del patio trasero había una gran fuente de piedra con agua cristalina que se podía apreciar desde el balcón.

En el interior todo era nuevo, no más polvo ni telarañas, toda la instalación eléctrica funcionaba; casi todos los muebles eran distintos, desde sillones hasta espejos, las habitaciones sucias y destruidas se habían convertido en unas *suites* lujosas, el piano del gran salón funcionaba y el cuadro de las escaleras tenía un nuevo marco con incrustaciones doradas. El lugar había cambiado por completo, pero se seguía sintiendo como un hogar.

Posteriormente de que subieron las maletas a las habitaciones y desempacaron todas las cosas,

Arturo y su abuela cenaron una pizza y comida china en el comedor, sobre la nueva mesa que era gigantesca, más larga que algún otro mueble que hubiera visto Arturo: cada extremo se percibía muy lejano del otro.

La cena fue serena, no había mucho de qué hablar, además de que Lucy y su nieto estaban de vuelta en casa, a ella aún le parecía increíble cómo había dejado que la mansión se cayera a pedazos; tal vez lo que necesitaba era una persona que le quitara la venda de los ojos y le transmitiera esa energía de vivir, como Arturo lo hizo al llegar a su vida. Al terminar de comer quedaron satisfechos y cada quien subió a su habitación.

La noche era perfecta, las estrellas iluminaban el cielo y, al mirarlas, Arturo sintió una inmensa paz que lo invadía por completo, cerró los ojos y pudo sentir el espíritu de su madre a su lado.

A la mañana siguiente, Arturo se levantó temprano para darse un baño, se puso el uniforme

de su nueva escuela, se arregló presentable, lustró sus zapatos, desayunó, se lavó los dientes y se despidió de su abuela.

102

Lucy estaba orgullosa de ver a su nieto en su primer día de clases, se sentía llena de satisfacción al observar cómo subía al auto para dirigirse a la escuela. Arturo se había convertido en su motor, su razón para esforzarse cada día; ese pequeño niño dependía de ella, no lo defraudaría.

LUCY

Para Arturo no fue difícil adaptarse a su nueva escuela, tenía un gran carisma y una actitud amigable, fácilmente pudo hacer amigos y conocer a los profesores. Como alumno, no acostumbraba causar problemas y en cuanto a sus materias, por un momento creyó que eran muy complejas, sin embargo, el aprendizaje era rápido y bastaba con poner atención para comprender bien un tema.

Durante el receso pudo convivir y compartir mucho con sus compañeros, al ser el niño nuevo captaba la atención de cualquiera.

La hora de la salida era a la 1:00 p.m., el último tema del día era sencillo y terminaron rápido, por ello, la maestra dejó salir al grupo unos 15 minutos antes. Afuera de las instalaciones Arturo

vio a Gabriel esperándolo en el auto negro, más que un chofer ahora lo consideraba un amigo.

Arturo le contó a Gabriel casi todo lo que había hecho durante el día, habría acabado de no ser porque llegaron antes a la mansión. Se despidieron y Arturo tomó su mochila para entrar por el gran portón. Como siempre, Gabriel le brindó una amplia sonrisa al despedirse. Arturo escuchó el sonido del auto al arrancar y alejarse.

Dentro de la mansión todo parecía muy tranquilo, pero algo no andaba bien, Lucy no estaba esperándolo en la entrada; la relación que había establecido con su abuela era muy cercana y era extraño que no lo recibiera con los brazos abiertos.

Arturo entró en la gran casa y llamó a su abuela desde la sala principal, al inicio estaba calmado, pero después la llamó con un volumen de voz más alto y desesperado por obtener repuesta.

Lucy no contestaba, ni siquiera se escuchaba algún ruido que indicara en qué parte de la mansión se encontraba.

Arturo dejó caer la mochila en el piso y subió corriendo las escaleras, fue directo a la habitación de su abuela y abrió la puerta bruscamente.

Ahí estaba, tirada en el suelo temblando, papeles y cristales estaban esparcidos en toda la habitación. Lucy tenía los pies descalzos y sangre en la boca, su rostro estaba inexpresivo, como si su mente estuviera perdida, drogada.

Arturo se acercó a ella con un poco de miedo, se colocó enfrente y Lucy lo seguía con la mirada, tardó en reaccionar unos segundos.

—¿Qué sucedió? —dijo Lucy con una voz un poco ronca—. Arturo, ¿qué?, ¿qué hora es?

—Son la 1:30 de la tarde, acabo de regresar de la escuela y te encontré así, abuela, ¿te sientes bien? —preguntó Arturo.

—Sí, creo que sí, lo siento, no sé qué me pasó, lo último que recuerdo es verte cuando te ibas a la escuela, disculpa a tu abuela, no volverá a pasar.

Lucy se levantó con ayuda de su nieto, estaba muy débil, le dolían los músculos de las piernas, así que se detuvo un momento para sentarse en la cama, estaba confundida, se agachó un poco y sostuvo su cabeza sobre sus rodillas.

El resto del día fue normal, Arturo procuró estar todo el tiempo al lado de su abuela por si volvía a ocurrir otro suceso parecido, pero no pasó nada, tal parecía que solo había sido algo pequeño, tal vez un accidente.

Lucy se sintió mejor después de unos minutos y aunque aún no recordaba lo que había pasado, se sentía mejor, nada fuera de lo común. En el fondo, Lucy creía que había sido un pequeño episodio de ansiedad, en el pasado ya le había ocurrido, no era nada grave y nunca

venía acompañado de alguna laguna mental. De igual forma, decidió por unos minutos caminar en círculos, como le había indicado un doctor, se suponía que eso la tranquilizaba y evitaba que tuviera más ataques de ansiedad en el futuro.

Llegó el ocaso y todo continuó normal, Lucy estaba mejor y aunque Arturo tenía sus dudas, prefería disimular que no se encontraba tan preocupado como en realidad lo estaba.

Durante la noche, en medio de la penumbra de la oscuridad, Arturo se levantó de la cama en repetidas ocasiones, tenía el presentimiento de que algo malo le volvería a suceder a su abuela, sin embargo, cada que abría la puerta de su habitación solo la encontraba durmiendo. Se veía tan quieta, tan tranquila.

Al siguiente día todo pareció volver a la normalidad, Arturo se preparó para ir la escuela y antes de irse se cercioró de que su abuela se

encontrara bien, se despidió de ella y nuevamente tomó rumbo a la escuela.

Las clases fueron agradables, sin embargo, la mente de Arturo divagaba, estaba más interesado en otro punto: en la salud de su abuela.

Al volver a la mansión, Arturo esperaba encontrar a Lucy sonriente como siempre, pero no fue así. Esta vez la encontró en la pequeña biblioteca, algunos libros y ciertos estantes estaban destrozados, había marcas profundas de uñas en todo ese lugar; en cuanto a Lucy, se encontraba inconsciente en el piso, tenía una herida considerablemente grande en un brazo.

Arrastrando y cargando, Arturo llevó a su abuela a su habitación. No llamó de inmediato a un doctor porque vería a su abuela en ese estado y arrojada en la biblioteca destruida. Estando la abuela en su cuarto, llamó a un médico, quien llegó al cabo de unos minutos.

—No es nada grave, con el brazo vendado así con unos tres días será suficiente, y con el analgésico que le entregué en unas horas ni siquiera sentirá dolor —dijo el doctor.

—Entonces, ¿no tendrá que ir al hospital?
—preguntó Arturo.

—No, no es necesario, pero debes cuidar bien a tu abuela. Debo atender a otro paciente, así que tengo que retirarme, pero antes, ¿tienes alguna pregunta?

—No, ninguna, gracias.

Como era de esperarse, Lucy no recordaba nada; Arturo estaba seguro que debía haber una explicación para lo que estaba pasando.

Cuando todo parecía mejorar, apareció esto, otra piedra en el camino, como si el destino estuviera en su contra. Arturo era positivo y, como decía su madre, “las mejores batallas son para los más fuertes guerreros”.

Todo parecía una gran prueba, como en las historias de superhéroes. Antes de convertirse en grandes personalidades que ayudan a los demás, los héroes tienen que superar su pasado y lidiar con villanos y desafíos, eso los prepara para llegar a una supuesta gloria. Si Arturo solucionaba lo que estaba pasando, poco a poco llegaría la vida perfecta que esperaba.

El camino no sería fácil, su abuela necesitaba más ayuda de él que Arturo de ella. Y con esas ideas en la mente, Arturo comenzó a investigar en Internet sobre comportamientos parecidos, pero no tuvo éxito. La mayoría de los signos que presentaban los casos que había encontrado no coincidían con lo que observaba en su abuela. Entonces decidió buscar en los documentos de su abuela, en su habitación tenía todo, desde acta de nacimiento hasta papeles en relación con la muerte de su esposo; estaba cualquier información que buscara, excepto el registro

médico, no había nada. Debía tenerlo en otra habitación.

Y como si una lámpara se le hubiera encendido en la cabeza, recordó el escritorio que estaba en la sala anterior a llegar a su habitación.

—Tiene que estar allí —dijo Arturo en voz alta para sí mismo.

Efectivamente, al revisar el escritorio sacó el primer cajón del lado derecho y encontró un sobre con papeles, recetas médicas y algunas jeringas en el fondo. Revisó todo con cuidado y detenidamente.

Un par de hojas engrapadas llamaron su atención, eran de un color amarillento, tal vez por el tiempo. En la primera hoja se encontraba el nombre de “Clínicas Fuentes”, que al buscarlo en Internet Arturo descubrió que era una empresa médica reconocida por sus avances en enfermedades y trastornos mentales, así como en su tratamiento en prestigiosas clínicas y hospitales psiquiátricos.

Debajo estaba una pequeña foto de su abuela, se veía algunos años más joven y aparecía como *paciente Lucy Corona*, el resto de los datos en la parte inferior estaban borrosos e incompletos.

En la segunda hoja estaba el diagnóstico, este se podía ver en su totalidad y a la perfección; al leerlo, Arturo quedó sorprendido de lo que descubrió.

Lucy había sido diagnosticada con demencia progresiva y trastorno bipolar tipo 2, todo esto posterior a que fue internada en una clínica en la capital del país, aparentemente por uno de sus hijos, de quien no había algún registro. Los trastornos a los que había sido asociada eran muy parecidos a los que presentaba: era una paciente muy extraña que presentaba cambios continuamente; no se conocía la causa de su padecimiento, por lo que no se había encontrado nada exacto.

En cuanto a un tratamiento o cura, no había funcionado nada, sus patrones de comportamien-

tos eran muy variables y no se podía establecer algo en concreto. El mismo doctor que se había encargado de su tratamiento había descrito su comportamiento como pequeños episodios de locura temporal. No obstante, Lucy había mostrado una mejoría cuando tenía visitas o compañía de un familiar.

Aunque no se mencionaba nada de haber sido dada de alta o alcanzar un estado de salud mental, abandonó la clínica al cabo de tres meses.

No había ningún otro dato que a Arturo le contribuyera para ayudar a su abuela. Rendirse no era una opción, así que se propuso hacer su propio diagnóstico y sacar sus conclusiones. Estaba seguro de ser capaz de encontrar lo que los doctores habían ignorado o aquello que no habían alcanzado a descubrir.

Observó a su abuela el resto de la semana y el fin de semana; asimismo, procuró hacerle ciertas preguntas o conversar con ella para conocer más

de su vida pasada, información como de sus hijos y su matrimonio, o algún aspecto importante que ella misma destacara, y con esta información adentrarse más en cómo se sentía, cómo pensaba y poco a poco, sin que ella se diera cuenta, lograr el punto donde Lucy le permitiera conocer cuál fue el origen de su extraño comportamiento. Al concluir la semana llegó a mejores resultados de los que imaginaba. El trabajo de días había rendido frutos.

Encontró que los episodios de locura de Lucy habían aparecido después de la muerte de su esposo Francisco, lo que la dejó completamente sola. Estos comportamientos ocurrían cuando su abuela estaba sola, sin ninguna persona a su lado y normalmente comenzaban después de aproximadamente siete minutos de no tener compañía, ese solo era un número, ya que no siempre era el mismo tiempo y este podía variar

desde dos a seis minutos, según lo que había registrado Arturo en un cuaderno.

Estos fragmentos de tiempo donde perdía el conocimiento de su realidad tenían una duración aproximada de dos horas sin interrupción y durante estos Lucy normalmente ignoraba todo a su alrededor, destrozaba con desesperación todo lo que encontraba y culminaba llorando y a veces lastimándose ella misma, lo que la dejaba inconsciente.

Cuando Lucy volvía en sí y con ella estaba una persona acompañándola era incapaz de recordar, sin embargo, no volvía a otro episodio de locura; pero, si la persona que estaba a su lado no era un familiar o una persona a la que le tuviera afecto, ella volvía a su estado de descontrol. Arturo había comprobado esto llevando en una ocasión a Gabriel hasta la habitación de Lucy después de que había quedado inconsciente, haciéndole prometer que jamás diría lo que estaba a punto de ver.

Cuando Gabriel se acercó a Lucy para despertarla y ayudarla, ella simplemente lo ignoró, era como si continuara sola. Al parecer, Lucy debía tener muy buena relación y recuerdos con la persona para poder reconocerla al instante y salir de ese comportamiento demencial.

En pocas palabras, Arturo no podía dejar sola a Lucy porque, de ser así, ella se volvería loca y se lastimaría por el resto de su vida; estaría en un peor estado que aquel como la había conocido y tal vez por mucho más tiempo.

Arturo debía encontrar una solución para esta problemática que no solo afectaba a su abuela, también a las personas a su alrededor. Quedarse a su lado todo el tiempo era imposible; diversos aspectos como la escuela le impedían estar junto a Lucy todo el día.

Se necesitaban ideas brillantes, en medio de un mar de infinitos pensamientos que parecían no funcionar. Y así como si nada y sin razonarlo

demasiado, cuando Arturo se despertó al siguiente día se le ocurrió la solución que tanto esperaba: una mascota.

Algunas mascotas no suelen pasar tanto tiempo con su dueño y tienden a no poder quedarse en un solo lugar. Debía ser metódico al momento de elegir la mascota más adecuada.

Un perro parecía ser lo más correcto, sobre todo por su fidelidad y lealtad; por algo son conocidos como los mejores amigos del hombre.

Arturo no podía decirle a Lucy lo que planeaba, probablemente se negaría a que tuvieran una mascota y explicarle la verdadera razón por la que era importante adquirir un perro no era una opción; entonces, debía sorprender a su abuela para que no tuviera otro remedio más que aceptar a la mascota como un nuevo integrante de la familia.

Dentro de su pequeña mente idealizó todo a la perfección, tanto que durante las clases Arturo se repetía en silencio lo que tenía que realizar.

Al terminar las clases salió corriendo lo más rápido que pudo de la escuela y en un solo movimiento, Arturo abrió la puerta del auto y se colocó en su asiento. Saludó a Gabriel y le indicó que lo llevara a la tienda de mascotas más cercana.

Una vez en la tienda, Arturo preguntó sobre los perros que tenían y debía decidir cuál era el más adecuado para lo que requería. No buscaba algo muy grande, ya que podría ser muy estorboso o causar molestia a su abuela, algo contrario a lo que quería; tampoco buscaba un perro demasiado pequeño, ya que perdería la atención y tal vez no causaría esa sensación de compañía que necesitaba.

Finalmente, entre varias opciones, encontró un perro que le gustó, era un Shiba Inu, un perro de raza originaria de Japón que al crecer

alcanza una altura de poco más de cuarenta centímetros. El tamaño parecía perfecto; su pelaje era de un color rojo sésamo; tenía los ojos pequeños, orejas triangulares y pequeñas, ligeramente inclinadas hacia adelante; además, según Arturo, se veía especialmente afelpado y muy bonito, no había manera de que Lucy no amara a ese cachorro.

Al volver al auto incluso Gabriel se sorprendió de lo tierno que resultaba ese pequeño perro, solo esperaba ver la reacción de la abuela de Arturo.

Al llegar a la mansión Arturo buscó rápidamente a su abuela, ella estaba acostada boca arriba en el suelo del gran salón donde se encontraba el piano, a su alrededor había piezas de cristal con las que se podía causar daño con facilidad. Cuando Lucy se levantó lo primero que vio ante sus ojos fue a su nieto sonriendo y con un cachorro entre los brazos.

Aunque al comienzo Lucy estaba un poco enojada porque Arturo no le contó nada y porque, por otro lado, no quería tener una mascota —especialmente en ese momento—, su actitud cambió por completo a lo largo del día, pues Lucy se había encariñado con el nuevo perrito. Ella lo acariciaba suavemente y el pequeño Shiba Inu parecía estar muy contento al lado de Lucy, ambos estaban ensamblando a la perfección. Arturo no lo pudo haber planeado mejor.

Al siguiente día Arturo se fue un poco nervioso a la escuela esperando que al regresar encontrara a su abuela igual a como la había dejado antes de marcharse.

Y así fue, al regresar de un cansado día de clases por primera vez pudo ver a su abuela consciente y sana. Lucy estaba bañando al perro en el momento que Arturo llegó.

El que su abuela lo pudiera recibir con normalidad y poder conversar era lo mejor que le había sucedido a Arturo en mucho tiempo.

Entre Lucy y su nieto decidieron llamar Chester a su reciente mascota, oficialmente era un nuevo habitante de la mansión.

A partir de ese momento las cosas en la vida cotidiana mejoraron, Lucy ya no tenía episodios demenciales y la convivencia con su nieto se volvió perfecta.

Presente incierto

HOY Y AHORA

Arturo se levantó con el cuerpo empapado en sudor y alterado, con una sensación que estremeció por completo su espalda.

—Solo ha sido una pesadilla —se dijo en voz alta.

Arturo jamás había sido una persona que recordara los sueños que había tenido durante la noche anterior, una vez que se despertaba los olvidaba por completo, se esfumaban como humo, como si nunca hubieran existido y eso no le preocupaba, pues no era algo de gran relevancia para él y normalmente lo terminaba ignorando.

Tampoco acostumbraba tener pesadillas, era difícil decir con exactitud cuándo fue la última vez que tuvo una. Pero la pesadilla que lo hizo despertar repentinamente se había sentido tan real.

Aunque por alguna razón no podía mencionar la mayoría de los detalles, Arturo, en su sueño, se encontraba en medio de una sala vacía y oscura en la cual había un único objeto: un sillón, al cual apuntaba directamente una luz blanca. Arturo se acercó al sillón y de pronto, por un instante, la luz se apagó; cuando la luz se volvió a encender era color roja y encima de los cojines del sillón se encontraba el cuerpo de un hombre en posición fetal, desnudo y envuelto en una especie de plástico; su piel brillaba en un color gris y tenía las venas marcadas en una tonalidad negra, el plástico extraño impedía ver su rostro.

Arturo sintió la necesidad de tocar el plástico con la idea de poder liberar al hombre de ese capullo, sin embargo, al primer toque de sus dedos todo se desmoronó y se hizo polvo.

Y en un segundo, Arturo se encontraba en un escenario totalmente distinto, esta vez

en la habitación de un hotel lujoso, como las que había visto en las películas; se encontraba mirando hacia una ventana abierta que daba a una calle vacía y más adelante había un muro de piedra que limitaba ver más allá. Arturo escuchó un extraño sonido detrás suyo, como si alguien se estuviera ahogando, dio un paso atrás y chocó con un objeto duro, estaba asustado por lo que se encontraría al voltear, pero aun así tomó valor y giró con los ojos cerrados apretando los párpados. Abrió los ojos con dificultad y con la mirada al suelo observó que uno de sus zapatos estaba manchado de sangre y se inclinó para ponerse de rodillas y limpiar su calzado.

Arturo sacó un pañuelo y cuando se decidía a quitar la mancha de sangre en un rápido arranque de valentía levantó la mirada. Ante Arturo se encontraba su abuela muerta bañada en sangre. Y ahí fue cuando despertó.

Arturo seguía intranquilo por el sueño, así que decidió que visitaría a su abuela; no vivía con Lucy desde hace seis años, se había ido de la mansión a los dieciocho años para continuar sus estudios en la parte Este de Walkway. La ciudad es grande y no podía viajar todos los días desde la universidad de medicina hasta la parte Oeste donde estaba la mansión; por ello se había mudado a un apartamento cerca de la escuela.

No obstante, Arturo visitaba una vez al año a su abuela y hablaban cada mes por teléfono; sabía que Lucy no había vuelto a tener un problema de demencia desde que Chester estaba a su lado, quien ahora era un perro grande y viejo.

Estaba seguro de que su abuela se alegraría de verlo.

No podía decir lo mismo de Giovanni. En más de una ocasión Arturo había intentado hablar con su padre tanto en persona como por teléfono, pero siempre recibía un rechazo por

parte de Giovanni, quien no lo reconocía más como su hijo e, incluso, había vuelto a casarse y a formar una familia.

Esa misma semana cuando terminara su jornada de trabajo en el hospital, Arturo se marcharía un par de días para estar con su abuela.

También aprovecharía el tiempo para ir al panteón de San Ángel y llevarle flores a la tumba de su madre y, por último, intentaría ir a saludar a Giovanni, aunque sabía que no era bienvenido en su casa.

La alarma del reloj sonó, marcaba las 5:00 a.m. Arturo tenía que apresurarse, pues en una hora entraría a su turno en el hospital. Se había convertido en un doctor importante y exitoso, le encantaba su trabajo y ayudar cuanto podía. En algunas ocasiones trabajaba horas o turnos de más solo por el gusto a su profesión; era tal como la persona que soñaba ser desde niño.

Arturo aún no salía de su apartamento, estaba desayunando cuando recibió una llamada de Isabel, una gran amiga, un par de años más joven que él que era enfermera en el hospital.

—Buenos días, ¿qué sucede? —dijo Arturo.

—Oye, Doc —mencionó Isabel con un tono de voz preocupada—. Tenemos una emergencia, al parecer un camión atropelló a un niño a unas cuatro calles al norte del hospital, es muy grave y una ambulancia ya va en camino, te necesitamos aquí, apresúrate por favor.

—Ya voy en camino, en seguida estoy ahí, no te preocupes, Isa —mencionó Arturo mientras se levantaba de la mesa y tomaba su bata junto con su maletín.

Encendió su auto y se dirigió al hospital más rápido de lo que solía conducir usualmente, a pesar de la lluvia que opacaba la mañana.

Por el tono de voz de Isabel, el accidente podía ser peor de lo que suponía Arturo; existía la

posibilidad de que se requiriera una intervención quirúrgica y tenía que estar preparado para cualquier cosa.

—¡Vaya inicio de semana! Y yo que creí que sería un lunes común y corriente —enunció Arturo mientras manejaba.

EL NUEVO PACIENTE

El ruido de las llantas resbalando con el agua de una pesada brisa que empapaba cada rincón de la ciudad. La fricción sobre la carretera junto con el característico sonido que emiten las sirenas de las ambulancias en las calles indicaba que estaba próxima a arribar al hospital.

En cuanto el vehículo se acercó las puertas se abrieron y enseguida paramédicos y enfermeros bajaron de la parte trasera del vehículo sobre una camilla a un niño, el brazo derecho le colgaba totalmente destrozado desde la muñeca, tenía la cabeza y el cabello cubiertos de sangre, llevaba ambas piernas desgarradas con trozos de piel desprendidos, tenía el torso cubierto por vendas y sobre el ojo izquierdo llevaba un parche hecho con gasas.

Eran las 5:20 de la mañana. Rápidamente la camilla atravesó los pasillos del hospital directo hasta el quirófano de emergencias en la primera planta.

Para cuando Arturo llegó, el niño llevaba más de diez minutos en operación; el ambiente era tenso y nadie hablaba al respecto de lo que había pasado; aún no había llegado ningún familiar, la sala de espera estaba vacía.

Una vez que saliera del quirófano, el inesperado paciente de esa mañana sería trasladado al cuarto más cercano, en donde quedaría a cargo de Arturo, no solo por ser un gran médico que podía realizar la rehabilitación necesaria, sino que además resultaba ser amigable con los pacientes y en especial con los niños. En ocasiones anteriores ya había demostrado ser capaz de evitar un trauma en los pequeños después de un accidente y conseguir que se expresaran con total libertad con él para obtener

mayor información de cómo se sentían. Más que un simple doctor era considerado un amigo.

Después de casi cincuenta minutos las puertas del quirófano al fin se abrieron, médicos y enfermeros sonreían, todo había sido un éxito.

Ahora era el turno de Arturo; junto con una enfermera condujeron al niño sobre la camilla hacia el cuarto A-20; se tendría que acostumbrar a ese lugar debido a que por la gravedad de sus lesiones pasaría un largo tiempo en el hospital.

El niño estuvo todo el tiempo bajo observación y en cada oportunidad que Arturo tenía entre sus consultas se dirigía a su habitación, quería ser el primero en conocerlo una vez que despertara.

Dos horas más tarde el pequeño paciente despertó; Isabel se percató de inmediato y fue a buscar a Arturo para informarle.

Arturo terminó su último pendiente y fue enseguida al cuarto A-20; estaba emocionado

y nervioso a la vez por conocer a ese niño que lo esperaba en su cama de hospital, quería mostrarse con una actitud optimista y divertida. Colocó su mejor sonrisa en su cara y abrió la puerta; para su sorpresa, el pequeño se veía alerta y más despierto de lo que esperaba Arturo, pues en cuanto lo vio ingresar en la habitación le prestó una atención tenebrosa.

El pequeño tenía ambas piernas enyesadas y en una posición totalmente recta e inmóvil; sobre el abdomen tenía una especie de faja hecha de vendas y una férula que abarcaba todo el brazo derecho. Pero lo más impactante eran sus ojos, el izquierdo estaba cubierto por una gasa ligera mientras que el derecho, aún sin tener nada, se apreciaba en peor estado, parecía como si el niño no hubiera dormido en años.

Claramente su nuevo paciente estaba asustado, tal vez confundido, así que lo primero que Arturo quiso hacer fue presentarse, con

suerte eso sería suficiente para crear un ambiente de confianza. Desde que Arturo estuvo con Lucy adoptó sus apellidos, ahora llevaba *Corona* posteriormente a su nombre, al igual que su abuela.

—¡Hola!, veo que ya estas despierto, yo soy Arturo Corona y seré tu doctor por todo el tiempo que estés en el hospital. Para no hacer esto muy aburrido, ¿qué te parece si me contestas un par de preguntas?

El niño se limitó a contestar moviendo la cabeza en forma de afirmación. Aunque Arturo ya estaba enterado de todo lo sucedido en el accidente, debía hacer preguntas de rutina para asegurarse que no hubiera una pérdida de memoria o un trauma muy severo.

—Ok, para empezar, ¿cómo te llamas? —preguntó Arturo.

—James Howlett —contestó el pequeño con un tono de voz bajo.

—Entonces supongo que no eres de la ciudad. Dime, ¿sabes cómo llegaste aquí, al hospital?

—Me estrellé contra un auto, pero no fue a propósito, no quería causar problemas.

—¿Quieres decir que un auto te atropelló?
—mencionó Arturo confundido por la respuesta del niño.

—No, yo fui a chocar contra el auto, fue mi culpa que se produjera el accidente.

—No te preocupes, no fue tu culpa, estas cosas suelen pasar —contestó Arturo aún con dudas sobre esa respuesta, pero intentando tranquilizar al niño—. Mira, James, ninguno de tus padres o familiares se ha presentado desde que ocurrió el accidente, si recuerdas algún número de teléfono o información que nos ayude a comunicarles que estas aquí, te lo agradecería.

—La verdad no recuerdo ningún número o algo que le pueda ayudar, mi familia nunca

fue muy unida que digamos, pero si es por el dinero, en el pantalón que traía cuando ocurrió el choque tengo dos barras de oro puro escondidas que están en el otro lado de los bolsillos, es un compartimiento secreto, valen mucho y puedo cubrir los gastos.

—Ya investigaremos nosotros lo de tu familia y por el dinero no te preocupes, eso es lo de menos. Antes de retirarme tengo una última pregunta, ¿cuántos años tienes, James?

—Once.

—Vale, entonces ya me voy, te visitaré en unas horas para asegurarme de que hayas comido bien, nos vemos.

Arturo seguía extrañado por las respuestas de “James”. Podía mentir sobre lo de las supuestas barras de oro, pero, ¿por qué lo haría?

Se acercó a la salida de la habitación y justo antes de cerrar la puerta Arturo pudo escuchar cómo el niño mencionaba casi susurrando:

—Lucy no se siente bien.

Por un momento, Arturo creyó que había sido su imaginación, pero pudo escuchar a la perfección esa frase y cada vez se convencía más de que no estaba equivocado.

140

Arturo escribió el nombre del niño sobre un pedazo de papel y se lo entregó a Isabel para que averiguara todo lo que pudiera sobre el pequeño y su familia para informales lo que había sucedido.

Aparentemente el niño lo conocía, o al menos a su abuela, pero, ¿cómo? ¿de dónde? ¿Sabía algo de Lucy que Arturo no?

Hacerle esas preguntas a su inesperado paciente de esa mañana no eran lo más correcto, no era profesional por parte de Arturo, además, creía que el niño no estaba siendo totalmente honesto; su aspecto no era el de un niño de once años, claramente se veía más pequeño. La

información que encontrara Isabel sería de gran ayuda para descubrir lo que ocultaba.

La curiosidad invadía a Arturo, por lo que solo por revisar y ver qué encontraba decidió tomar la ropa ensangrentada del niño; estaba inservible y probablemente iría a la basura en ese estado. Sin mucha fuerza, tiró del pantalón y lo volteó. Efectivamente, al otro lado del bolsillo derecho del pantalón había una bolsa, como en esos chalecos de doble vista.

Estaba apretado y con esfuerzo apenas entraban los dedos de la mano de Arturo. Sintió algo frío y lo intentó sacar sujetando con los dedos los costados. Para su sorpresa, sacó un lingote pequeño de oro reluciente y brillante. Arturo volvió a introducir la mano en la bolsa y sacó otro pedazo dorado exactamente igual al anterior.

Todo cada vez tenía menos sentido, lo que había dicho el pequeño sobre el oro era

cierto. Queriendo aclarar otra duda, Arturo se reunió con el hombre que aparentemente había atropellado con su camión a James; sus respuestas y su versión fueron muy parecidas. El conductor estaba muy triste y apenado por el niño; lloraba diciendo que haría todo lo posible por ayudarlo, incluso, se atrevió a decir que se haría responsable de los costos del hospital; sin embargo, al entrevistarlo sobre cómo ocurrió el accidente, el hombre le contestó a Arturo que el niño había salido corriendo del lado izquierdo cuando el semáforo estaba en verde y literalmente se fue a estrellar contra el camión que él conducía; al instante, intentó frenar, pero debido a la velocidad fue inevitable arrollarlo y arrastrarlo algunos metros.

Parte de las piernas del pequeño habían quedado prensadas por las llantas. El hombre lloraba y le imploraba a Arturo que hiciera lo posible para que el niño no quedara inválido,

nunca se lo perdonaría si eso pasaba, quedaría en su conciencia.

Era complicado cómo ambas versiones decían lo mismo. Arturo se detuvo en el parque que había a un par de cuadras del hospital, pues necesitaba aire fresco para procesar todo lo que había sucedido. Se dirigió a una banca cubierta por la sombra de un árbol que se encontraba detrás y cerró los ojos.

Unos segundos después su celular vibró. Era un mensaje de Isabel, tenía algo importante que decirle sobre el niño, que tal vez no le agradaría.

En cuanto Arturo regresó al hospital se reunió con Isabel afuera del cuarto A-20. Ella tenía un semblante de preocupación y a la vez se notaba enfurecida.

—¿Qué pasa?, ¿acaso nuestro pequeño paciente tiene más sorpresas? —preguntó Arturo.

—Ese niño nos ha estado mintiendo, estoy segura de que todo lo que nos ha contado se lo

ha inventado —mencionó Isabel, haciendo más notable su enfado.

—¿A que te refieres con eso?, ¿nos dio el nombre de otra persona?

144

—Ojalá se tratara de eso; el tal James Howlett no existe, es el nombre de Wolverine, un superhéroe ficticio; todo este tiempo nos dio el nombre de un personaje de cómics y nosotros caímos en su trampa, perdimos tiempo valioso investigando al héroe imaginario de un niño.

—Ya no puede engañarnos más, déjame a mí, este niño necesita explicarme un par de cosas y esta vez no seré tan estúpido para creerme cualquier respuesta como verdadera —dijo Arturo, mientras abría la puerta del cuarto.

El niño lo esperaba adentro tranquilo, con una sonrisa que más que transmitir alegría se percibía burlesca; ahora las ojeras debajo de sus ojos eran más evidentes y reconocibles de los moretones.

Arturo caminó firme alrededor de la habitación y se colocó frente al pequeño paciente, casi a menos de un metro de distancia de la cama y clavando la mirada en su rostro.

—Confíe en ti. Tu nombre no es James —dijo Arturo sin despegarle la mirada.

—No —mencionó el niño agachando la cabeza.

—Y tampoco tienes once años.

—No, tengo ocho.

—Basta de juegos. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó Arturo con una voz más grave de lo habitual.

—Carlos —respondió el niño rápidamente.

—Solo lo repetiré una vez más: ¿cuál es tu nombre?

—Ok, ok, esta bien, mi nombre es Samael.

—Espero que estés diciendo la verdad, de no ser así estarás en un grave problema, jovencito.

—Esta vez es cierto, lo juro.

Arturo no tenía la certeza de que el niño estuviera diciendo la verdad esta vez; sin embargo, notaba algo: se sentía diferente su mirada y su forma de hablar. No quería cometer el error de caer en una mentira de nuevo.

—¿Dónde están tus padres?

—No lo sé; en serio, esta vez digo la verdad.

—¿Cuáles son sus nombres?

—No los recuerdo, me fui desde hace mucho tiempo de casa, casi olvidé todo por completo.

—¿Te escapaste de casa?

—En mi caso, cualquiera lo hubiera hecho...

En ese momento una enfermera abrió la puerta de la habitación y le informó a Arturo que se le solicitaba urgentemente en el tercer piso; el paciente de la habitación C-02 al parecer estaba empeorando.

—Continuaremos hablando de esto en otra ocasión —dijo Arturo, al tiempo que caminaba hacia la puerta del cuarto.

Ese día, Arturo salió del hospital un poco tarde y decepcionado, probablemente no regresaría al hospital en dos semanas pues pensaba tomarse unas vacaciones, que comenzarían a partir de ese instante en que terminó su jornada laboral. Sería un tiempo para replantearse ciertas cosas en su vida, relajarse y compartir tiempo valioso con su abuela.

SAMAEL

Era un viernes por la mañana. Arturo había pasado el primer par de días en casa, limpiando, remodelando y arreglando su departamento. Se encontraba acomodando sus maletas para el día de mañana, el sábado por fin visitaría a su abuela; habían hablado un poco por teléfono y ambos estaban emocionados por convivir algunos días juntos después de tanto tiempo.

El teléfono estaba sobre el pequeño estudio de Arturo; al recibir una llamada producía un sonido que podía escucharse en todos los rincones del apartamento, y esta vez no fue la excepción.

Era Julián, un colega del hospital; normalmente se encargaba de pediatría y ahora cubría el puesto de Arturo en su ausencia por sus vacaciones.

—Tenemos problemas —mencionó Julián.

—¿Qué pasa?

—Tu paciente, nuestro paciente, el niño Samael no había dormido desde que llegó al hospital y se niega a hacerlo; todo el esfuerzo por mantenerse despierto estaba afectando la herida en su ojo izquierdo, queríamos evitar una infección o algo peor; creíamos que solo no quería dormir como parte de un capricho o algo pequeño relacionado con el accidente que sufrió, así que no prestamos demasiada atención y colocamos una pastilla para dormir hecha polvo y disuelta en el agua que le dimos para la cena; funcionó bien al inicio, durmió perfectamente durante la noche, pero esta mañana se ha levantado como loco, maldiciendo a todos e intentando escapar del hospital, decía algo como que nunca debimos dejarlo dormir, creo que es un trauma severo a causa del choque. Yo no puedo tratarlo, necesitamos que vengas

aunque sea solo por unas horas, por favor, tú eres el único que puede hacer esto.

—Estaré en el hospital en una hora, ya veré qué hacer —contestó Arturo.

Colgó y dejó el teléfono en su lugar; tenía que resolver rápido el problema de Samael.

Cuando Arturo entró en la habitación A-20 lo primero que vio fue a Samael llorando con desesperación; con sus manos sostenía su cabeza y estaba enterrando sus uñas sobre su piel, todo su cuerpo estaba temblando ligeramente.

Arturo se acercó al niño, se sentó en la cama justo a su lado, le retiró las manos de la cabeza ligera y lentamente lo abrazó con un solo brazo para detener que su cuerpo siguiera temblando; le levantó la cara, le limpió las lágrimas, lo miró con atención y con una voz suave, le preguntó:

—¿Qué te sucede, Samael? Todo estaba bien hasta antes de que me fuera, encontrarte así me sorprendió, ¿cómo estás?

—Fue mi culpa, no tenía que dormir, pero no pude resistir.

—¿Y por qué no quieres dormir? Es necesario que descanses; además, puedes afectar la herida de tu ojo y no queremos eso.

—Si te lo digo debes prometer que me creerás, no quiero causar miedo.

—Te lo prometo, tienes toda mi atención.

—Ok, todo es tan difícil.

Todo comenzó desde muy pequeño. Samael vivía junto a su madre en una región rural cerca del centro del país. Nunca conoció a su padre. Básicamente, ese lugar se regía por las tradiciones y las supersticiones de las personas. Las ideas eran conservadoras y todo aquello que era nuevo era considerado maligno. Debido a la ausencia de su padre, tanto Samael como su madre recibían una constante discriminación y desprecio de sus vecinos y de toda la región en general. La falta de

empleo y el rechazo estaban siempre presentes en el hogar de Samael.

Su madre era una mujer sumisa y fácil de manipular por los demás, por lo que a menudo era estafada y se le menospreciaba como persona. Ella siempre agachaba la cabeza y cedía ante cualquier persona.

Algo que influyó en la mala educación de Samael fue que durante su etapa escolar sufrió *bullying* todo el tiempo; sin embargo, jamás le dijo nada a su madre para no preocuparla.

Acostumbraba ser un niño callado que intentaba proteger a su madre de los malos tratos, pues también se había criado en un ambiente donde el machismo y la violencia eran aceptados como algo ordinario.

La situación económica de la madre de Samael era muy mala, en algunos días ni siquiera tenían para comer. La casa casi no tenía muebles, ni televisión, el techo tenía goteras y se caía lentamente;

para dormir tenían un solo colchón que ponían en el suelo sobre unos pedazos de cartón.

Samael todo el tiempo tenía sueños extraños; normalmente dentro de ellos veía a personas que no conocía casi siempre en un escenario específico, como una montaña o un teatro, y acompañados por pequeños incidentes, o en algunas ocasiones solo estaba frente a alguien que lloraba; era como si las personas de sus sueños le suplicaran.

Pero todo cambió. Una buena madrugada, cuando Samael tenía cerca de cinco años, se levantó en medio de la penumbra de un sueño en el cual pudo ver a Manuel, un vecino suyo que trabajaba en una recaudería, él se encargaba de cargar, bajar y acomodar las cajas de la fruta. En el sueño que tuvo, Samael vio cómo una caja de gran tamaño le caía en una pierna a Manuel y se la destrozaba, dejándolo en una silla de ruedas tal vez por mucho tiempo.

Hasta ese momento jamás había soñado con una persona conocida. Samael intentó contarle y explicarle a su madre lo que había visto en su sueño, pero ella lo pasó por alto y regañó a Samael por decir cosas de ese tipo.

Esa misma mañana cuando Manuel descargaba el camión de fruta del día, movió una enorme y pesada caja de madera llena de tarimas para poder tener más espacio para bajar las cajas del vehículo. Sin embargo, la pesada caja de madera no quedó bien puesta del todo y con el movimiento se desbordó y cayó justamente en donde se encontraba Manuel, quien se percató de la caída de la caja e intentó quitarse del lugar. Lo logró casi por completo, pero una de sus piernas quedó atrapada cuando la caja cayó contra el suelo; el peso y el dolor eran insoportables.

Después de que algunos compañeros de trabajo de Manuel le retiraron las tablas de

encima, lo cargaron y se apresuraron a llevarlo con el doctor más cercano.

Las declaraciones del doctor fueron terribles, simplemente Manuel jamás volvería a caminar, desde ahora dependería de una silla de ruedas.

Todo lo sucedido fue tal y como Samael lo había soñado; aun así, su madre siguió sin creerle, confiaba en que todo había sido una gran coincidencia.

Unos meses más tarde, Samael soñó al hermano mayor de su madre, solo que esta vez no le sucedía un accidente como a las demás personas en sus anteriores sueños, en esta ocasión moría. El fallecimiento de su tío era a causa de una especie de electrocución y agua.

Samael le contó a su madre; ella nuevamente no le creía del todo, pero el que fuera su hermano el que supuestamente moría, le preocupaba. Así que decidió ir a visitar a su hermano.

Cuando la madre de Samael llegó a la casa de su hermano solo encontró a su cuñada; aquel día su hermano llegaría hasta tarde del trabajo. Pero no vivo, el tío de Samael se encontraba trabajando en un edificio arreglando la tubería; sin embargo, la lámpara de la habitación en la que estaba no funcionaba y necesitaba arreglarla, para ello debía quitar la energía eléctrica de todo el edificio, así que se dirigió al cuarto de lavado que estaba en el sótano del edificio, donde además estaban las pastillas que alimentaban la construcción con luz eléctrica.

Todo el cuarto estaba mojado y había charcos en todo lugar; sin darse cuenta, al instante en que bajó la palanca para quitar la energía el tío de Samael tenía las manos mojadas y una chispa salió volando cuando tocó la palanca y se desplomó en un charco de agua. En todo el edificio se produjo un corto eléctrico. El tío de Samael murió al instante tras electrocutarse.

La noticia le impactó tanto a la madre de Samael que, aconsejada y acompañada por sus vecinos, intentaron asesinar al niño indefenso. Según las creencias de las personas eso solo podía ser brujería y significaba que Samael estaba poseído o algo parecido.

Toda la gente decía que la única solución era asesinar a Samael para evitar que el mal se propagara por todo el lugar y entrara en la casa de todos los demás; posteriormente, tenían que llamar a un sacerdote para que bendijera a todo el pueblo y regara agua bendita alrededor de todas las casas de la región.

A simple vista parecían ser ideas incoherentes y locas, pero no en ese momento, no en ese lugar, no en esas personas.

Entre dos hombres y su madre arrastraron a Samael afuera de su casa, lo llevaron hasta el pequeño río que estaba unos metros más al sur; ahí, en ese lugar, como si se tratara de un acto

trivial de sacrificio, asesinarían a Samael para después dejar su cuerpo en el río, con el fin de que la corriente lo llevara muy lejos.

El niño mordió a uno de sus captores en el brazo y de un solo tirón se liberó del otro hombre y de su madre; su cuerpo se derrumbó en la tierra. Estaba al borde del río, sus piernas se resbalaban mientras intentaba alejarse. Samael solo pudo sentir en su espalda un dolor parecido a una mordida que se adentraba en su piel; era un cuchillo que provocó que su cuerpo se desplomara sobre el río.

La sangre manchó el agua tornándola roja. Samael fue revolcado por la corriente hasta que en una oportunidad se aferró a una rama baja de un árbol que estaba en la orilla del río; escapó como pudo; corrió y corrió durante horas hasta que se detuvo por el cansancio y por la punzada del cuchillo. Tomó todo el valor que necesitaba y con ambas manos

y con todas sus fuerzas apretó el mango del arma para desencajarla de su cuerpo. Después siguió corriendo varios días sin detenerse hasta que estuvo lo suficientemente lejos. Nadie lo perseguía, pero el pequeño Samael no se sentía seguro.

Mientras vagaba solo, Samael conoció a muchas personas que incluso le ayudaban, pero quien se le acercaba terminaba en un ataúd. Todo se repetía una y otra vez, sueños interminables donde veía a gente morir frente a él. Samael tenía miedo de sí mismo, sus sueños no eran simples premoniciones o *déjà vu*, todo se volvía real.

¿Podía considerarse eso como una maldición?

Tal vez no, pero algo dentro de Samael le impulsaba a creer que posiblemente su madre y las demás personas tenían razón: que él era maligno, un pobre desgraciado al que Dios abandonó a su suerte y que solo traía desdicha. Por eso Samael se propuso no

dormir jamás, para evitar soñar y así evitar más muertes.

Obviamente era imposible mantenerse despierto el resto de su vida, en algún momento tendría que descansar y el cansancio lo vencería, pero Samael intentaba dormir lo menos posible, algunas veces incluso lograba mantenerse más de tres semanas despierto.

Cuando su cuerpo no resistía lo suficiente como quería, Samael se desesperaba, lloraba y se lastimaba como ahora había sucedido en el hospital, estando al lado de Arturo.

—No me gusta, yo no quiero, pero cada que duermo no lo puedo evitar, no tenía que ser tan pronto —dijo Samael cubriéndose el rostro con las manos.

Arturo no estaba seguro si creer todo lo que había escuchado, era como una de esas historias de terror de los programas de

televisión. Pero el niño lloraba, realmente le dolía lo que estaba sucediendo.

—Intenta descansar, necesitas tranquilizarte, sé que eres un buen niño —mencionó Arturo intentando consolar a Samael—. Tú no lastimas a nadie, eres incapaz, todo puede ser un gran plan que te tiene preparado el destino, y tal vez necesitas a alguien como nosotros los doctores para que te ayudemos.

—Es que... bueno, ¿quieres saber qué soñé?

—Sí, por supuesto —intentó decir Arturo sin mostrar lo nervioso que estaba.

—Va a morir, yo lo sé, tiene un nombre extraño, es alguien cercano a ti, que conoces desde que eras pequeño, pero no es humano.

—Solo descansa, Samael. Me tengo que ir, pero en cuanto regrese hablaremos, recuerda que si tienes problemas puedes llamar a un doctor o a una enfermera en cualquier momento.

LA MUERTE AGUARDA

Arturo salió de la habitación A-20 con más dudas, pero tranquilo por que su pequeño paciente estaba mejor.

—Alguien que yo conozco, desde pequeño al parecer. Bueno, eso tiene sentido —pensó Arturo en voz alta deteniéndose un poco a razonar esas palabras. Sin embargo, al final Samael dijo que no era humano. ¿Qué se supone que sea? ¿Un fantasma?

Arturo no confiaba del todo en lo que decía Samael, esas premoniciones de muerte que se hacían reales parecían un simple cuento de fantasía. Decidió que no era de gran importancia y cuando regresara de sus pequeñas vacaciones probablemente Samael ya habría olvidado esas ideas.

Samael se notaba más tranquilo después de esa pequeña plática con Arturo, parecía que había dado resultado y el niño ahora estaba más relajado.

Isabel se acercó a Arturo y con un volumen bajo de voz le dijo:

—Los demás piensan que solo tuvo una pequeña pesadilla, pero yo le creo todo lo que dice, creo que esta vez Samael se está abriendo por completo, solo que no es fácil aceptarlo, ¿tú qué piensas?

—No lo sé, una parte de mí quiere creerle por más descabellado que sea, pero por otra parte rechazo todo por considerarlo ilógico —contestó Arturo.

—Ningún paciente es fácil —mencionó Isabel; hizo una pequeña pausa y miró a Arturo—. ¿Te quedarás un poco más en el hospital?

—Sí, tal vez un par de horas, hasta la tarde, quiero irme un tanto pronto a casa para mañana

salir temprano al oeste de la ciudad, pero no sin antes asegurarme de que Samael está bien; de todas maneras, contigo aquí sé que lo dejo en buenas manos.

—Gracias; entonces, ¿irás con tu madre?, perdón, quise decir, ¿con Lucy?

—Así es, desde hace tiempo quería visitarla y estar a su lado unos cuantos días.

—Tal vez ya no te vea cuando te marches, así que me despido desde ahora, cuídate.

Al siguiente día Arturo se levantó desde muy temprano, se vistió un poco elegante para causar una buena impresión a su abuela, tomó sus maletas que previamente había hecho y antes de salir de su habitación dirigió su mirada hacia el espejo que se encontraba en medio de la pared derecha; al ver su reflejo, Arturo sintió un pequeño escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

La mañana era fría, los dedos de las manos de Arturo se le congelaban en el exterior. Abrió

la cajuela de su auto e introdujo las maletas. Encendió el auto y se propuso comenzar el viaje hasta la mansión donde había formado recuerdos con Lucy, que consideraba muy preciados.

Durante todo el trayecto Arturo no pudo dejar de pensar en Samael y su última conversación, intentaba distraerse con cualquier cosa que pudiera imaginarse en ese momento mientras manejaba, pero siempre regresaba a ese pensamiento, estaba inmensamente presente en su cabeza.

Arturo llegó a considerar la posibilidad de que había cometido un error al dejar a Samael, pudo haber pospuesto sus vacaciones, pero al no hacerlo ahora se sentía culpable, egoísta y, hasta cierto punto, ególatra. Apretaba el volante, en cualquier instante podía frenar y dar la vuelta para regresar al hospital.

Cada vez se aferraba más a la idea de volver, pero un mensaje lo hizo olvidar esa posibilidad por completo: “Te necesito, por favor llega rápido.”

Era Lucy, su abuela requería su ayuda y sin pensarlo todos sus pensamientos se nublaron, solo uno predominaba ahora, que era llegar con su abuela. Arturo se acomodó el cinturón de seguridad y pisó a fondo el acelerador.

Las calles estaban vacías, el clima bajaba cada vez más de temperatura, como si estuviera a punto de nevar.

Arturo llegó a la zona residencial desde donde se le podía visualizar a la gran mansión de su abuela alzarse sobre todas las demás construcciones.

Lucy se encontraba afuera, frente al gran portón; estaba usando un gran abrigo de piel y se mordía las uñas con desesperación.

Arturo detuvo el auto justo en donde se encontraba su abuela y salió con preocupación

y un poco rápido del vehículo. Al instante que bajó del automóvil, Lucy se le arrojó a los brazos y lo abrazó.

—Se fue ayer por la noche, hoy cuando me he despertado lo he encontrado muerto sobre su cama, ya no respiraba ni se movía —dijo Lucy con una voz ligeramente entrecortada.

—¿Qué? ¿Quién? —Preguntó Arturo, confundido.

—Chester, el perro, sé que ya era viejo, pero después de tanto tiempo juntos es tan difícil despedirse de un día para otro, así como si nada.

—Vamos, abuela, continuemos hablando adentro —mencionó Arturo rodeando con un brazo a su abuela y dirigiendo a ambos hacia el interior de la mansión.

Chester había sido un gran compañero para Lucy, había sido una mascota con una larga vida, que acumuló tantos recuerdos en todo el tiempo que estuvieron juntos. Arturo aún recordaba el

primer día que llevó a ese pequeño cachorro a la mansión y que desde entonces se convirtió en el compañero fiel de su abuela.

Por alguna razón la mente de Arturo estaba distraída, como si solo fuera un espectador en su propia vida; sus pensamientos y su cuerpo se encontraban distantes, a muchos kilómetros uno del otro. En lo más profundo de su interior recordaba el trastorno que sufría Lucy, sin embargo, esa idea estaba tan dispersa que Arturo ni siquiera lo tenía presente en ese momento.

Lucy no podía estar sola, nuevamente necesitaba la ayuda de un compañero, y a pesar de que todavía ningún episodio de locura se había presentado, existía la posibilidad de que sucediera en cualquier momento. Pero Arturo lo ignoraba, continuaba divagando sin rumbo, cada vez más alejado de la realidad.

Arturo y Lucy se sentaron en los sillones de la pequeña biblioteca, un par de tazas de café

que Lucy había preparado con anterioridad acompañaban la conversación entre abuela y nieto; sin embargo, Arturo sostenía con ambas manos la taza de cerámica que contenía en su interior el líquido oscuro y caliente sin darle un solo sorbo, todo su cuerpo estaba totalmente quieto, como una estatua, hasta una piedra parecía tener mas vida que él en esos momentos. Su mirada se mantenía clavada directamente en sus manos, era como si estuviera viendo a la nada, sin prestar atención a su alrededor, en medio de un vacío profundo de sí mismo.

Lucy se encontraba hablando acerca de lo emocionada que estaba para que vieran juntos las nuevas flores que había plantado en el jardín trasero alrededor de la fuente; algunas tenían pequeñas piedras de color turquesa oscuro y otros colores exóticos alrededor del tallo para darles un toque distintivo de decoración. Y cuando Lucy estaba describiendo lo difícil que

había sido conseguir las flores indicadas para que combinaran a la perfección con el resto de flores su voz fue interrumpida abruptamente por el sonido de la porcelana impactando en el suelo y quebrándose en pedazos al instante.

El café estaba derramado sobre la loseta de la habitación, había pequeños trozos de la taza peligrosamente afilados en toda la superficie, un par de rasguños y cortadas con un poco de sangre en las manos de Arturo comenzaban a ser perceptibles por la vista.

—¡Ah! ¡Arturo! —gritó Lucy, asustada.

—Eh, mm. —Fue el confuso sonido que emitió Arturo, quien aún continuaba aislado, perdido en su cabeza.

—Por Dios, hijo, ¿te encuentras bien?

—Sí, creo..., creo que sí —dijo Arturo, recobrando el conocimiento al instante que se percataba del desastre que había provocado la taza de café al resbalar por sus manos y sintiendo

algunas punzadas y ardor en sus manos, las inspeccionó con la mirada y pudo notar la sangre brotando de las heridas en su piel.

—Vamos a la cocina, llamaré a un doctor mientras limpio todo este lugar —mencionó Lucy, al tiempo que ayudaba a su nieto a moverse con cuidado del sillón donde se encontraba.

—No es nada grave, nada de qué preocuparse, abuela, yo mismo puedo atender mis heridas —dijo Arturo haciendo una pausa—. Después de todo, yo soy doctor.

Por suerte, Lucy guardaba en una repisa de la cocina un pequeño botiquín para emergencias que en su interior contenía un par de vendas, unas cuantas gasas y dos botellas de doscientos mililitros, una de alcohol y la otra de agua oxigenada.

Afortunadamente los cortes en las manos de Arturo no fueron tan profundos, así que estaban cicatrizando con rapidez. Se había

asegurado de limpiar toda la sangre con un pedazo de papel higiénico cuando al momento de tirarlo en el cesto de basura un pensamiento invadió cada rincón de su mente, como una extraordinaria revelación.

Ahora todo tenía sentido. Arturo recordó las palabras de Samael: "... es alguien cercano a ti, que conoces desde que eras pequeño, pero no es humano."

Cada letra de esa oración retumbaba en su cabeza, el niño tenía razón, se refería a Chester, el perro, coincidía a la perfección, eso comprobaba que decía la verdad, pero algo no quedaba muy claro para Arturo, incluso, creyendo la historia que Samael le había contado aún se preguntaba: ¿cómo podía ser posible?

Chester había muerto durante la noche, lo que significaba que había ocurrido muchas horas después de que Arturo hubiera hablado con Samael en el hospital.

—Con un poco más de atención y detenimiento lo hubiera podido descifrar, me lo dijo, y yo hice caso omiso —pensó Arturo en voz alta, al instante que guardaba el pequeño botiquín de vuelta en la repisa de la cocina.

Sería muy irresponsable e inconsciente por parte de Arturo salir corriendo en ese momento en busca de una explicación sin decirle nada a Lucy. Claramente necesitaba hablar con Samael lo más pronto posible, era de suma importancia, tanto que se sentía como una maniaca obsesión.

Además, que pésimo nieto sería si abandonara a su abuela en medio de todo. Por un momento Arturo sintió repulsión por sí mismo. No podía permitirse dejar repentinamente sus vacaciones y simplemente decirle adiós a su abuela.

Tenía que planificar a la perfección sus actos. Arturo saldría en la mañana antes de que su abuela despertara, sería una visita rápida al hospital, unas cuantas preguntas a Samael y en

un par de horas estaría de vuelta en la mansión, justo a tiempo para cuando Lucy se levantara de la cama.

Y así lo realizó. Arturo salió en su auto aproximadamente a las cuatro de la mañana, si sus cálculos no fallaban y mantenía la velocidad necesaria, estaría llegando al hospital a las seis, poco más de treinta minutos con Samael y antes de las nueve ya se encontraría de regreso tomando el desayuno con su abuela.

Durante el camino, cuando ya pasaba más de un cuarto de hora de recorrido por la carretera, Arturo se detuvo en una gasolinera, eran cerca de las cinco de la mañana, se trataba de uno de esos establecimientos de 24 horas que están abiertos en cualquier momento del día; según lo planeado, esta sería la única pequeña parada que haría Arturo, por lo tanto, era indispensable llenar el tanque de combustible del vehículo.

Las calles de la ciudad estaban en completa oscuridad, las luces de los semáforos podían alumbrar casi toda una calle por completo, en medio de esa abrumadora penumbra Arturo conducía con total concentración. Era fascinante la dualidad entre el día y la noche, todo un espectáculo que muy rara vez se podía apreciar.

Arturo llegó al hospital veinte minutos más tarde de lo que tenía visualizado, pero no estaba preocupado, ya que no consideraba que fuera un gran retraso en sus planes, además, el tiempo parecía estar de su lado, pues transcurría lentamente.

Isabel y otros colegas suyos se sorprendieron al verlo tan temprano en el hospital, después de todo, daban por hecho que Arturo estaba de vacaciones.

Algunos pacientes que lo conocían también lo observaban con extrañeza, era notable que no estaba ahí como médico al no portar la bata que

lo caracterizaba; esta vez Arturo se encontraba en el hospital solo para una pequeña visita.

Después de trabajar tantos años en ese lugar, Arturo jamás creyó sentirse tan ajeno al entrar al hospital, era como si nadie lo reconociera.

Caminó directamente por el largo pasillo que llevaba a emergencias; personas salían y entraban por las puertas de los costados, se presentía un absoluto caos en todo el lugar.

Arturo se dirigía a la habitación A-20 y justo cuando estaba dispuesto a abrir la puerta alguien lo detuvo, sujetaba su mano con firmeza.

Ver a la persona que lo había detenido no fue necesario, pues Arturo pudo reconocer su voz al instante sin necesidad de que estuvieran frente a frente.

—Que sea rápido, se supone que no puedes estar aquí —dijo Isabel, con una voz que demostraba solidez.

—No tardaré, lo prometo —contestó Arturo.

Isabel soltó despacio la mano de Arturo mientras abría la puerta de la habitación con el otro brazo.

Samael se levantó de la cama en cuanto Arturo ingresó en el cuarto. El ambiente estaba tenso, como si ambos presintieran algo en el otro que no se atrevían a decir. Claramente el pequeño no había dormido en la noche.

Con ambas manos, Samael se frotó los párpados de los ojos, su expresión facial reflejaba cansancio y temor.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Samael con desesperación.

—Tenías razón con lo de tu sueño, te referías a Chester, pero yo jamás pensé en ese gran perro. Ahora quiero...

—¡Tienes que irte ya! —mencionó Samael interrumpiendo abruptamente lo que decía Arturo.

—Tranquilo, solo necesito...

—¡No!, ¿qué hiciste?, ¿dejaste a Lucy sola! —dijo Samael volviendo a interrumpir en medio de las palabras de Arturo.

Fue como si un espectacular destello se encendiera en la mente de Arturo con esas palabras, desde hace mucho tiempo no lo había pensado, incluso tal vez lo había olvidado, el recuerdo de su abuela tirada en el suelo invadía su mente.

Desde que Chester había llegado Arturo no tuvo que preocuparse más por los episodios de demencia de Lucy, sin embargo, todo cambiaba ahora. Su abuela estaba sola, la había dejado sin ninguna compañía, Arturo se preguntaba ¿cómo podía haber sido tan ingenuo?

Sin mencionar una palabra más, salió corriendo de la habitación, atravesó a toda velocidad los pasillos del hospital y fue hasta el estacionamiento.

Arturo no podía creer que había ignorado lo más importante en su vida, que era proteger a su abuela, si algo le sucedía a Lucy sería culpa suya, algo que nunca podría olvidar. Se sentía fatal, venir al hospital había sido una tonta ilusión que no lo había dejado pensar con claridad, no lo había dejado pensar en qué pasaría cuando Lucy se despertara y se encontrara tan sola nuevamente después de tanto tiempo. Arturo no quería ni imaginarlo.

En tres ocasiones seguidas Arturo intentó arrancar el auto, pero el motor emitía un sonido inusual, el vehículo estaba estático, por más que Arturo giraba las llaves con fuerza, las llantas no se movían ni un centímetro.

Su auto había elegido el momento menos indicado para averiarse. Arturo llamó por su celular a una grúa para que lo llevara hasta su apartamento; sin embargo, él no podía perder tiempo, la vida de Lucy colgaba de un hilo.

Arturo se dirigió a la base de taxis más cercana al hospital, que estaba a un par de cuadras, afortunadamente había un automóvil desocupado que recién se estacionaba. Arturo subió al taxi rápidamente y dirigiéndose al chofer le dijo:

—¡A la mansión Corona!, cerca de los suburbios del Oeste, lo más rápido posible y le pagaré el triple, por favor, ¡es una emergencia!

EL ABISMO ESTÁ ABIERTO

Una especie de aire extraño se percibía al instante al adentrarse en los suburbios, el escenario perfecto para una tragedia.

A un par de cuadras de la mansión, Arturo podía distinguir por la ventanilla del taxi cómo una nube de humo negro se formaba en el cielo opacando toda la zona, por lo visto se trataba de un gran incendio.

Solo faltaban un par de calles cuando a la vista de Arturo se revelaba lo que originaba el humo, se podía observar claramente la parte más alta de la mansión completamente en llamas, el fuego era gigantesco y se expandía cada vez más generando cenizas que volaban en el ambiente.

Efectivamente, lo que más temía Arturo había ocurrido, un gran accidente, solo esperaba

que Lucy se encontrara bien o que hubiera podido salir a tiempo de la mansión antes de que se quemara por completo.

Las esperanzas eran bajas, el hogar que por muchos años compartió Arturo con su abuela ahora era un completo infierno. Pero eso no le importaba, ahí sentado en la parte trasera del taxi en movimiento se aferraba a la idea de que encontraría a Lucy sana y a salvo, esa era la única opción que existía en su mente, no había espacio para cualquier otra posibilidad.

En ese instante de desesperación Arturo no estaba preparado para la gigante decepción que se asomaba por encima de todas sus ilusiones.

Para cuando Arturo llegó a la mansión el fuego seguía siendo gigantesco y los bomberos estaban intentando combatirlo.

Arturo preguntó a oficiales, vecinos, bomberos y paramédicos, a cualquier persona que se encontraba delante de la terrible escena

del incendio, pero nadie había visto a Lucy, ninguna persona le podía decir algo acerca de sobrevivientes, era como si la mansión hubiera estado vacía cuando comenzó a quemarse.

Nadie había escuchado gritos, ni voces de auxilio del interior de la vivienda, todo estaba tan callado, tanto silencio había que daba miedo.

La causa del incendio no quedaba clara, un oficial había dicho que probablemente había sido consecuencia de una fuga de gas, pero tal parecía que afortunadamente nadie se encontraba dentro de la mansión, todo indicaba que Lucy tenía posibilidades de estar bien, pero, ¿en dónde se encontraba entonces?

Apagar el incendio llevó cerca de tres largas horas de arduo trabajo por parte de los bomberos y Arturo seguía sin tener noticias de su abuela, un par de patrullas en la zona ya buscaban a Lucy, tenían la advertencia de Arturo de que Lucy podía encontrarse en un

episodio de demencia, por lo que los oficiales debían ser cuidadosos.

Sin embargo, la búsqueda no dio resultado, era como si Lucy hubiera sido tragada por la tierra.

186

Llegó la noche, pasó más de un día y cuando los forenses se presentaron para investigar las cenizas que habían quedado de lo que antes había sido la mansión encontraron restos humanos. Arturo no lo podía creer, se negaba a aceptarlo, no podía ser posible, nadie había escuchado gritos o algo que indicara que Lucy estaba adentro de la edificación en llamas.

Al realizar las pruebas correspondientes los resultados fueron contundentes. Se trataba del cadáver de Lucy.

En lo más profundo de su ser Arturo sentía un ardor que le arañaba las entrañas. Más que un sentimiento de culpa, sentía como una excesiva desesperación en conjunto con una sensación de decepción.

Los pensamientos de Arturo devoraban la poca paz que aún existía en su cuerpo, extinguiendo la llama que lo motivaba a seguir viviendo, Lucy era el motivo por el que luchaba todos los días, pero ya no estaba, no más.

Un incendio no ocurre así, no de esa manera; todas las conclusiones llevaban a una sola causa, Lucy se había suicidado, tal vez inconscientemente, pues tanto tiempo había pasado desde la última vez que se había quedado sola, tanto tiempo desde que había experimentado un episodio de descontrol, que la demencia y el frenesí se apoderaron de su persona, a tal grado que la misma Lucy se había convertido en un cuerpo vacío y sin mente.

El incendio había sido provocado por ella misma; para cuando todo estaba ardiendo en llamas lo más probable es que Lucy ni siquiera tuviera idea de qué es lo que sucedía a su alrededor.

Arturo no tenía dudas, sin embargo, no tenía cómo comprobar su teoría, lo cual no era necesario. Si Samael estuviera ahí seguro que pensaría exactamente lo mismo, lo que incrementaba más y más la idea de que le había fallado a su abuela. Arturo se sentía como un gran pecador que no merecía ninguna salvación.

Para una realidad tan peligrosa como esa lo mejor era mantenerla en secreto, simplemente todo se quedaría como un aparatoso accidente donde Lucy había fallecido.

FALSAS ESPERANZAS

Lucy había sido sepultada en el cementerio de San Ángel junto a su hija Leonor. Las dos mujeres que habían significado e importado todo para Arturo ahora estaban dos metros bajo tierra.

Durante el funeral Arturo había notado la presencia de un hombre que lo observaba desde la lejanía, se trataba de Giovani; ambos necesitaban hablar frente a frente en ese momento más que nunca, tan solo como consuelo, por un perdón, o simplemente porque eran padre e hijo. Sin embargo, ninguno se acercó al otro.

Ambos sabían cuánto se necesitaban y el cariño que se tenían, pero una barrera de orgullo siempre impedía lo que podía ser una posible reconciliación.

Arturo ya no tenía fuerzas para confrontar a su padre, se había cansado de intentar

encontrar tantas veces una armonía entre ambos y siempre fallar.

Para cuando Arturo volvió al hospital para trabajar solo habían pasado dos días desde la muerte de Lucy. Isabel y otros compañeros le habían aconsejado tomarse un tiempo antes de volver.

Pero lo que Arturo menos quería era tiempo, solo quería estar ocupado haciendo algo para evadir los pensamientos que lo atormentaban, ocultaba su sufrimiento, pero en el fondo se culpaba por la muerte de Lucy, deseaba que el incendio hubiera acabado con él y no con su abuela.

—Ojalá hubiera muerto yo; daría todo por haber estado en su lugar —se repetía Arturo en las noches cuando no podía dormir.

Pasaba casi todo el tiempo callado, se limitaba a cumplir con sus tareas del día, Arturo estaba irreconocible. Evitaba ir a la habitación de Samael; por una parte, no se sentía capaz de

atender al niño y por otra tenía miedo, ya había presenciado cómo un simple sueño se podía hacer real desmoronando la vida de una persona. No quería volver a vivir algo igual.

Arturo parecía estar perdido, a veces se preguntaba si solo vivía por vivir o si en verdad tenía un propósito.

Los días se habían convertido en algo patéticamente ordinario, como si la vida fuera una gigante rutina que se repetía en bucle.

Isabel siempre trataba de animarlo y hacerlo sonreír, era una gran amiga, después de todo, la consideraba más que una simple compañera de trabajo. Arturo intentaba parecer relajado frente a ella, como si se encontrara totalmente feliz y conforme. De vez en cuando volvía a ser el mismo de antes, amable y amigable con los pacientes. Se resignaba a ser derrotado tan fácilmente; aun sin su abuela y su madre, estaba comprometido a salvar vidas no solo

por su profesión como médico, sino que además quería evitar que más personas sufrieran como él.

Todo marchaba bien, o al menos eso parecía.

Era jueves por la tarde y justo antes de marcharse Arturo encontró a Isabel llorando en un pasillo, estaba sentada en el suelo abrazando sus piernas, se veía desconsolada y sumamente triste.

Arturo se acercó a ella; con una mano le extendió un pañuelo y con la otra la ayudó a levantarse del suelo.

—¿Qué te pasa, Isa? —preguntó Arturo.

—Es una tontería, no importa —dijo Isabel mientras se secaba las lágrimas.

—Pues me interesa conocer qué clase de tontería está lastimando a mi amiga.

—Te parecerá raro.

—Pues estoy aquí para escucharte y prometo que te ayudaré en lo que sea.

—Es solo que tal vez soy muy sensible —mencionó Isabel, haciendo una pausa—. Fue por algo que me dijo Samael.

—¿Acaso te faltó al respeto o algo parecido? Si es así no te preocupes, yo hablaré con ese niño.

—No, nada de eso. Ayer por fin dormí después de días, tú sabes cómo es, y cuando despertó me dijo que me había visto en su sueño y me describió una manera horrible en la que dijo que yo moriría.

Esas palabras dejaron paralizado a Arturo un par de segundos, los recuerdos de la mansión en llamas vinieron a su mente en ese instante.

—No te preocupes, solo es un niño tratando de llamar la atención, tú solo ve a casa con cuidado y olvídate de esto. Yo hablaré con él para que pare de hacer este tipo de cosas.

—Sí, gracias, Arturo, quisiera ser tan fuerte como tú —dijo Isabel, extendiendo los brazos para darle un abrazo a Arturo.

Arturo no presentía algo bueno, ese abrazo solo le provocó más preocupación, no quería levantar sospechas, pero tampoco quería soltar a Isabel. Podía ser su último abrazo.

Después de que Isabel se fue Arturo se dirigió al baño, extrañamente tenía ganas de vomitar, pero no lo hizo, se lavó las manos y se mojó el rostro, posteriormente, se pasó una toalla por la cara para secarse y se quedó un par de segundos viéndose al espejo. Necesitaba valor y, a la vez, tranquilizarse.

Samael escuchaba pasos apresurados en el pasillo, se dirigían a su habitación con rapidez y justo al llegar a la puerta se detuvieron repentinamente con un sonido ahogado.

Arturo estaba inmóvil frente a la habitación A-20, por alguna razón que ni siquiera él mismo comprendía se encontraba muy nervioso, podía percibir su respiración agitada; tragó una bocanada grande de aire y empujó la puerta.

Dentro del cuarto Samael se encontraba sentado en su cama, sus ojos se veían más saludables, con más vida, casi como los de una persona normal, pero no lo era, Arturo siempre había encontrado un tanto sombría la mirada del niño.

—¿Quiero que hablemos? —dijo Arturo con una expresión fría en el rostro.

—Claro, ningún otro médico del hospital me dirige la palabra, creo que tú eres el único que me escucha de verdad cuando hablo. No quiero decir que los demás sean malas personas, es solo que me agrada tu presencia —respondió Samael soltando una pequeña risa al final.

—Sabes, acabo de encontrar a Isabel en el pasillo y estaba llorando, y creo que tú tienes algo que ver, ¿por qué no me dices que pasó?

—Me imaginaba que lo preguntarías, bueno, es simple, le dije que moriría ahogada

y aplastada, con alguno que otro detalle más, supongo que ella ya te dijo algo de eso.

—¿Por qué lo hiciste?

—La verdad es que no lo sé. Desde que pasó lo de Lucy de cierta manera me sentí culpable, creo que debí advertirte de alguna manera, una parte de mí sabe que podía hacer algo y que no me atreví. Así que hoy cuando me levanté después de un sueño, que no esperaba tener nuevamente uno tan pronto, pensé que lo mejor sería contarle a Isabel lo que había visto. No creo que pueda ayudarla, pero esta vez tuve la sensación de estar haciendo lo correcto.

—Samael, es difícil de creer todo lo que dices, incluso para mí; de alguna manera comprendo lo de tus sueños, pero no es algo que le debes decir a todas las personas, ¿no pensaste en cómo se sentiría Isabel!, la lastimaste, esto tiene que parar.

—Tal vez fue tonto, pero me pareció una buena idea que ella tuviera conocimiento de ello.

—No fue correcto, eres solo un niño con una idea errónea de su alrededor, a veces incluso los adultos nos equivocamos, pero debiste decirme a mí antes de hablar con Isabel.

—Tu teléfono.

—¿Qué?

—Cuando llegues a tu departamento revisa tu teléfono.

—¿Escuchaste lo que te dije?

—Y tú, ¿te escuchaste a ti mismo?

—Samael, no hagas esto más difícil.

—Creo que lo mejor es que ya te vayas a casa, Arturo, déjame descansar, tú ve a casa, tienes que descansar también, te prometo que no diré nada malo —dijo Samael con una voz clara; tomó sus cobijas y se envolvió completamente en ellas para acostarse sobre la cama.

Arturo no deseaba regañar ni seguir enojado con el pequeño, así que decidió salir de la habitación, tal vez Samael estaba cansado, tal vez simplemente era un niño que no sabía qué hacer, lo mejor era dejar las cosas así para evitar que empeoraran, perder la cordura no era una solución.

Arturo manejó tranquilo hacia su apartamento, la carretera estaba casi vacía y muchos automóviles se le adelantaban por el costado, pero eso no le importaba; tenía el presentimiento de sentir un ligero dolor de cabeza, lo suficientemente pequeño para no prestarle atención.

Al llegar a su apartamento Arturo se dirigió directamente a su habitación y se dejó caer sobre su cama, no se sentía cansado, pero deseaba quedarse acostado.

Unos minutos más tarde su teléfono sonó desde la sala, Arturo se limitó a escuchar el

sonido de la llamada, no tenía intención de levantarse de la cama. El teléfono volvió a sonar un par de segundos después.

Esta vez Arturo se levantó más que nada por la obligación de recibir la llamada. Al otro lado del teléfono había un oficial de policía, las primeras palabras que pronunció fueron inaudibles, había mucho ruido de fondo que interfería con el micrófono del teléfono.

—¿Disculpe? —preguntó Arturo al no comprender lo que decía el hombre.

—¿Señor Corona? —dijo el oficial.

—Sí, soy yo, dígame.

—Nos hemos tratado de comunicar con algún familiar de la señorita Isabel, pero nadie ha contestado, ¿cuál es su parentesco con ella?

—Ninguno en realidad, somos compañeros de trabajo.

—Ok, necesito que se comunique con uno de sus familiares.

—Por supuesto, ¿pero puedo saber el motivo?

—Ocurrió un accidente cerca de la presa, al parecer un vehículo perdió el control y salió disparado directo al fondo del agua, consigo se ha llevado a un par de autos, entre ellos el de su compañera.

—Y ella, ¿se encuentra bien?

—No le puedo mentir, la verdad es que pensamos que perdió la vida al momento del impacto tras la caída, los demás automóviles le han caído encima, hemos intentado separar los vehículos y entre ellos encontramos un bolso con las credenciales de Isabel, así lo hemos contactado. Una ambulancia viene en camino, trasladará a los afectados hacia la clínica Cabaña, hacia el Sur. Esta información también es importante que se la diga a sus familiares.

—Sí, muchas gracias oficial —mencionó Arturo; los labios le temblaban mientras hablaba.

En cuanto el policía colgó la llamada, el teléfono cayó de su mano.

No puede ser posible, pensó. Arturo levantó el teléfono del suelo y digitó rápidamente el número del celular de la madre de Isabel, su nombre era Abigaíl, era una mujer dulce de unos setenta años. Le informó de lo sucedido; el asombro y el llanto de Abigaíl eran desgarradores aun desde el teléfono, sin embargo, ella tardaría algunas horas para llegar a la clínica, así que Arturo le dijo que él iría enseguida y se encargaría de todo, mientras Abigaíl o algún otro familiar llegaban a donde se encontraba Isabel.

El corazón de Arturo latía con fuerza, rápidamente tomó las llaves de su auto y se embarcó de vuelta en la autopista, con una mano apretaba la palanca de velocidades con fuerza. En ese momento solo deseaba que Isabel se encontrara bien.

Al entrar en el paso que había cerca de la presa el tráfico se volvió pesado, los autos avanzaban metro a metro uno detrás del otro, pegados como sardinas en una lata.

Al llegar a la clínica Cabaña, conocida así por su exterior de madera y su cercanía al bosque, Arturo fue directamente hacia la recepción para preguntar si había alguna novedad sobre Isabel, pero nadie sabía nada, todas las personas que habían trasladado desde el accidente de la presa habían sido llevadas a la habitación de emergencias desde hace unos minutos y no se tenía ninguna noticia.

Arturo regresó más intranquilo de la recepción, se quedó en la pequeña sala de espera de la clínica parado en una esquina, pues todos los asientos estaban ocupados, había bastantes personas en esa zona, no parecía una buena señal.

Después de dos horas, Abigaíl y una hermana menor de Isabel llegaron a la clínica,

ambas se acercaron a Arturo, sin embargo, él no tenía ninguna información del estado de su compañera, que al parecer aún seguía en la habitación de emergencias.

Transcurrió una hora más sin ninguna noticia de Isabel. Entonces, Arturo decidió salir a una cafetería cercana para llevarles un pan dulce y una bebida caliente, tanto a la madre como a la hermana de Isabel. Él no tenía hambre, era como si hubiera perdido el apetito.

Poco más de ochenta minutos después, un médico salió de la habitación de emergencias. Todas las personas que se encontraban en la sala de espera se levantaron de sus lugares y escucharon con total atención.

El médico informó que junto con sus colegas se había hecho todo lo posible por salvar a la mayor cantidad de vidas, sin embargo, solo dos personas habían sobrevivido. No todo estaba perdido, Isabel podía estar viva.

Aún debían identificar a los sobrevivientes, así que el médico pidió a los familiares que pasaran a un cuarto al fondo del pasillo para ver si podían reconocer a alguno de los heridos.

Arturo esperó en la pequeña sala, sentado sobre un sillón que no solo era viejo, sino que además resultaba muy incómodo. Y desde allí observó cómo Abigaíl y la hermana de Isabel ingresaban al cuarto del fondo. No pasó mucho tiempo cuando ambas salieron abrazadas y con lágrimas en los ojos.

Isabel no había sobrevivido.

Arturo sintió como si una flecha atravesara su pecho, esa sensación de impotencia al no poder hacer nada y el sentimiento de perder a alguien cercano lo invadieron por completo de nuevo. Imágenes de su madre, su abuela, y ahora de Isabel se proyectaron en su mente; después, repentinamente percibió un olor desagradable junto con más imágenes en su mente, pero esta

vez del suicidio de Leonor, la mansión en llamas y el auto de Isabel prensado y cubierto de agua.

Arturo sintió un pequeño mareo, se pasó la mano cerca de la nariz y al retirarla vio sus dedos cubiertos de sangre, su cuerpo de desplomó en un segundo, cayendo encima del viejo sillón donde había esperado.

Arturo se desmayó por un par de segundos, en cuanto recuperó la conciencia intentó ponerse de pie, pero Abigaíl y una enfermera lo detuvieron.

—¿Te encuentras bien, muchacho? —preguntó Abigaíl.

Arturo seguía un poco desorientado y con un ligero mareo, por lo que se tardó en contestar, hasta que por fin dijo:

—Sí, no se preocupe.

—Mejor siéntate un momento, descansa, te ves pálido —dijo Abigaíl con una voz dulce.

—No, gracias, debo ir a casa por algo, pero por cualquier situación no dude en llamarme, vendré en seguida.

—¿Estás seguro de que te sientes bien?

—Sí, solo fue un pequeño mareo.

—Está bien, ve con cuidado.

Arturo salió apresurado de la clínica, nuevamente las náuseas reaparecieron, esta vez acompañadas de una punzada en el estómago, era como si se estuviera pudriendo por dentro.

Aún con un ligero balanceo en el cuerpo al caminar y con la vista un poco borrosa, Arturo se subió a su auto y condujo de vuelta a su apartamento; durante el camino se iba guiando con la dirección de las flechas y la pintura en la autopista, la vista cada vez se le distorsionaba más y las náuseas empeoraban.

Arturo estacionó su automóvil con dificultad, más recargado sobre el costado derecho y donde el vehículo se impactó levemente sobre

la pared originando una abolladura en la parte delantera y quebrando las direcciones del costado derecho del auto.

Ya dentro de su apartamento una sensación de seguridad cubría a Arturo, se dirigió al baño y tomó unas cuantas pastillas de diferentes frascos que tenía guardados en un pequeño cajón.

Esos medicamentos no parecieron tener un efecto inmediato, pero al cabo de unas horas Arturo se sentía mucho mejor.

El funeral de Isabel fue al día siguiente en una mañana fría, nadie más del hospital además de Arturo asistió a la última despedida de aquella gran enfermera.

Tantas cosas habían pasado en tan poco tiempo que Arturo ni siquiera había podido digerirlas, su vida se había transformado en una especie de drama, como sucedía en los sueños de Samael. Parecía que ese niño no podía salir de sus pensamientos.

Arturo decidió volver al trabajo posterior a asistir al funeral de Isabel; refugiarse en el hospital era como su caparazón para evitar que su mente o sus sentimientos explotaran.

Mantenerse ocupado lo relajaba, hacer algo o preocuparse por los demás lo ayudaban a olvidarse de sí mismo. Arturo estaba cayendo en picada sin darse cuenta.

Hasta que simplemente un día no pudo continuar.

EL TEATRO ESTÁ ABIERTO PARA EL ACTO FINAL

Arturo no estaba despedido, el director del hospital había tomado la decisión de suspenderlo por algunos meses, solo para que se tomara un respiro y se replanteara lo que estaba haciendo, o, mejor dicho, lo que estaba pensando.

Después del funeral de Isabel todo el hospital se volvió un lugar más melancólico, nunca antes se había presentando una situación parecida, todo el personal del edificio se notaba decaído, desanimado. Pero sobre todo Arturo se había vuelto opaco, una persona gris que todo el tiempo estaba despistado, como ausente.

Era desatento, descuidado, había cometido pequeños pero varios errores con los pacientes del hospital, olvidaba o revolvía las recetas, pero

lo que detonó su suspensión fue la entrega de un medicamento. Arturo estaba distraído y le entregó unas pastillas incorrectas a un paciente, en una dosis un poco alta; el paciente, que era alérgico a ese tipo de medicamento, se tomó las pastillas sin revisarlas; rápidamente, y por el tamaño de la dosis, presentó una inflamación voluminosa en todo el cuerpo que combinada con la aparición de sarpullido le impidió respirar y por muy poco no fue mortal.

Claramente, después de esa experiencia tan cercana a la muerte el paciente estaba decidido a demandar al hospital y a Arturo por negligencia, afortunadamente entre un par de enfermeros y el director del hospital lo convencieron de olvidar esa idea y a cambio no le cobrarían ni un centavo por su estancia.

Sin embargo, no podían quedarse así las cosas, tenía que haber consecuencias, Arturo había sido el causante de todo ese problema

debido a su actual actitud y comportamiento y, como tal, le correspondía una sanción.

Fue de esa manera como ahora estaba suspendido.

Era lunes, un día con una intensa lluvia. Arturo había asistido al hospital para arreglar ciertos detalles con el director, recoger sus cosas, dejar todo en orden y, por último, antes de irse quería despedirse de Samael.

El reloj marcaba las 11:00 de la mañana cuando Arturo estaba a punto de entrar a la habitación A-20.

Samael ya estaba preparado.

—¿Hoy mismo te vas? —preguntó el pequeño.

—Vaya forma de darme los buenos días, pero sí, los adultos somos difíciles y por eso me tengo que ir —dijo Arturo.

—Te voy a extrañar.

—Hay muchos y mejores doctores que se ocuparán de lo que necesites, en un par de días te acostumbrarás y tal vez hasta me olvides.

—No lo creo, tú fuiste alguien especial.

—Gracias por los halagos, pero no son necesarios, solo vine a despedirme.

—Ayer tuve un sueño cuando dormí.

—Por favor Samael, ahora no es el momento, quiero irme tranquilo.

—¡No!, es algo bueno.

—Está bien, dime qué soñaste.

—Fue extraño, en mi sueño yo sabía que estaba dormido, pero no podía despertarme, me encontraba en medio de un gran campo de trigo, las plantas eran casi de mi altura, por lo que no podía ver hacia donde estaba el final del cultivo, caminé hacia diferentes direcciones por un tiempo hasta que por fin llegué a una zona circular donde no había trigo.

—¿Y? ¿Qué más? ¿Eso es todo? —mencionó Arturo ansioso por lo que pudiera responder el niño.

—Sí, solo eso tenía para contarte —respondió Samael.

—Tal vez todo eso de tus premoniciones por fin se haya acabado, me alegra saberlo, ya me tengo que ir, cuídate, pequeño.

—Tú también, adiós.

Arturo salió de la habitación un tanto aliviado por lo que había escuchado; se dirigió a la salida y por un momento recargó su mano derecha sobre la columna de la puerta, era el último día que tocaría ese edificio por un largo tiempo, tal vez su distanciamiento duraría más meses de lo que él creía.

Arturo se marchó.

Samael no había mentido del todo, pues en un inicio sí había soñado con el campo de trigo, pero no terminó de contar el resto del sueño.

Ahí, en esa parte circular donde no había trigo se encontraba un gran agujero en el suelo, como un abismo, y al asomarse desde el borde pudo ver que en el fondo estaba Arturo, en medio de una autopista.

Las calles eran resbaladizas, un poco peligrosas. Arturo manejaba con cuidado y a una velocidad regulada para evitar algún problema. Se detuvo en un alto, en una autopista que pasaba por debajo de un par de puentes de carretera; los cristales de su auto estaban un poco empañados, el vehículo que manejaba se encontraba totalmente inmóvil, el semáforo estaba tardando en cambiar a verde.

De pronto se escuchó un chillido, como si algo hubiera rozado un metal, seguido por un estruendoso ruido parecido al de un rayo y posteriormente gritos.

Arturo no pudo darse cuenta, todo fue tan rápido, desde lo alto del puente que pasaba por

encima una camioneta derrapó y salió disparada, cayendo verticalmente a donde él se encontraba.

Su auto quedó aplastado totalmente. Se escucharon más gritos.

El accidente fue reportado al hospital, que rápidamente envió una ambulancia a la zona, pero para cuando llegó ya no se podía hacer nada.

Samael vio desde la ventana de su habitación cómo salía una ambulancia a toda velocidad.

—Ya debió haber sucedido —dijo susurrando para sí mismo.

Se levantó de la cama, tomó un par de barras de oro que había escondido con anterioridad debajo de su cama y las metió en los bolsillos de su bata, desactivó y apagó todo el equipo que le pareció conveniente y, decidido, salió de la habitación A-20.

El pequeño Samael se dirigió al cuarto de lavandería, sabía que Isabel y Arturo habían

dejado ahí la ropa con la que había llegado al hospital; se puso sus prendas sin importarle las rasgaduras o lo rotas que estaban, colocó las barras de oro en su bolsillo secreto y salió del hospital escondiéndose y con sigilo.

Samael caminó una cuadra y le pareció que la ambulancia que se acercaba llevaba en su interior a Arturo, el vehículo no llevaba la sirena encendida y conducía a una velocidad baja.

Al pasar al costado por la acera Samael se detuvo y dijo:

—Adiós, Arturo.

El pequeño caminó un par de cuabras más bajo la lluvia, que se había vuelto ligera, pero continuaba constante.

Su cuerpo y su mente ignoraban el hecho de que estaba mojado y que el frío se introducía en cada rincón de él.

Samael parecía firme por fuera, pero por dentro pedía a gritos que todo terminara.

—Tiene que ser hoy.

La lluvia empapaba la ciudad, todos los sonidos y el estruendo de las personas eran apagados por un pequeño y delicado roce de las gotas en la superficie, parecía imposible que algo pudiera ser tan suave y denso al mismo tiempo.

Nadie estaba en la acera, las personas se refugiaban en sus sombrillas y automóviles estáticos debido al tráfico, todo ahora era más húmedo, cualquiera podría llorar y no sería notable, el ambiente era tan relajante, el agua se desbordaba del concreto y casi se podía sentir cómo caía en la carretera.

Las luces del semáforo relucían en medio de la calle, el cambio pareció tardar una eternidad, se puso en verde y se me estremeció el cuerpo, una mariposa volaba hacia donde se encontraba Samael, giró y corrió sin pensarlo, pero tampoco estaba consciente del todo. El sonido del impacto fue ensordecedor.

Y ahí, en medio del silencio en la gran metrópoli, del gigante urbanizado compuesto por grandes edificios como huesos y calles como si de venas se tratara, por un momento pareció que todo se detuvo unos cuantos segundos, como una ruptura en el tiempo, una falla en la realidad, pero a la vez un instante de calma.

Cuando todo volvió a la normalidad, cuando el mundo recuperó la consciencia y la cordura que lo caracterizan, un solo sonido retumbó en las paredes, el metal y el aire, un grito desgarrador, enorme, un lamento que se extendió como un demonio con alas gigantescas.

Las personas se encontraban estupefactas y con llanto en los ojos alrededor de la repugnante escena, la demencia invadía la razón; todo aquello parecía imposible, la actualidad nos decepcionaba de nuevo. ¿La esperanza podía morir ahí?

Sería un digno final.

Se alzó la voz de una mujer que clamaba ayuda. Él no se movía.

Es una novela narrada con agilidad; refiere una historia sencilla pero bien acabada. Nos presenta un personaje signado, desde pequeño, por la imposibilidad de evitar el destino y escapar de la muerte.

María Consuelo Barranco

El sueño eterno es una novela juvenil de suspenso, honesta y fresca. El lector tiene en sus manos una exploración del miedo a los sueños premonitorios y el misterio que se intuye detrás de situaciones que acontecen como ensoñaciones o pesadillas que se repiten en círculos. Arturo y Samael –un extraño niño con un extraño poder– descubrirán que están ligados por algo más que una coincidencia.

María José Gallardo

Arturo queda huérfano a los diez años. A su corta edad, se ve obligado a vivir el duelo por la muerte de su madre y la ausencia de su padre, sin embargo, estas pérdidas parecen marcar el comienzo de su vida. La narración tiene unidad, coherencia y personajes bien contruidos. Es una respuesta creativa del autor hacia inquietudes juveniles y temas complejos, como la muerte, el suicidio, el alcoholismo, la demencia y el amor filial. Estas páginas también llevan al lector hacia acontecimientos que la razón no puede explicar, es entonces cuando estamos frente a un texto con tintes fantásticos.

Silvia Martínez

SDC